

La Conciencia Libre

Semanario Librepensador

Edición Especial

Dedicada a la Memoria del Ilustre Pensador
Puertorriqueño

Licdo. Don José Sastraño Belaval

Iniciador del Movimiento Librepensador en Puerto Rico y
Fundador de este Semanario

Nació el 10 de Marzo de 1848

Murió el 16 de Diciembre de 1917

SUMARIO

Homenaje de Amor, Gracitud y Justicia, por la Redacción.

Pésame del Gobernador.

José S. Belaval, por José Llorens Echevarría.

Manifestación de Duelo.

En la Eterna Vía de la Verdad, por Félix Matos Bérnier.

José S. Belaval, por el Dr. J. Gómez Brioso.

Cuatro Hombres, Cuatro Figuras, Cuatro Astros, por José Rodríguez Vera.

Pésame de la Corte de Distrito de Ponce.

Licdo. Don José S. Belaval, por Aristides Chavier.

Mi Ofrenda, por Ramón Negrón Flores.

Nota Personal.

Una Carta del Licdo. Belaval.

La Crisis Religiosa en Francia, por el Licdo. Belaval.

Un Documento Histórico.

Liquidación General, por el Licdo. Belaval.

La Roca de los Tiempos, por el Licdo. Belaval.

Nuestro Problema Religioso, por el Licdo. Belaval.

Algunas Reflexiones Sobre la Unión Puertorriqueña, por el Licdo. Belaval.

El Exodo, por el Licdo. Belaval.

Carta Abierta, por el Licdo. Belaval.

Un Libro y un Hombre, por el Licdo. Belaval.

A Mi Madre, por el Licdo. Belaval.

Zulima, por el Licdo. Belaval.

Oda a Franklin, por el Licdo. Belaval.

Luto y Lágrimas, por el Licdo. Belaval.

Postales, por el Licdo. Belaval.

Ponce, P. R., 1 de Enero de 1918

La Conciencia Libre

SEMENARIO LIBREPENSADOR

Redacción y Administración: Luna No. 2.

P. O. Box 120. Teléfono 41.

Director: Dr. G. S. BELAVAL.

"Published and distributed under permitted No. 233 authorized by the Act of October 6, 1917, on file at the Post Office of Ponce, Porto Rico. By order of the President, A. S. BURLESON, Postmaster General."

Entered as second class matter October 11, 1909, at the Post Office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879.

|| AÑO VIII ||

PONCE, P. R., 1 DE ENERO DE 1918.

|| Núm. 566. ||

Homenaje de Amor, Gratitud y Justicia, Al Gran Pensador Puertorriqueño DOCTOR JOSE SASTRAÑO BELAVAL

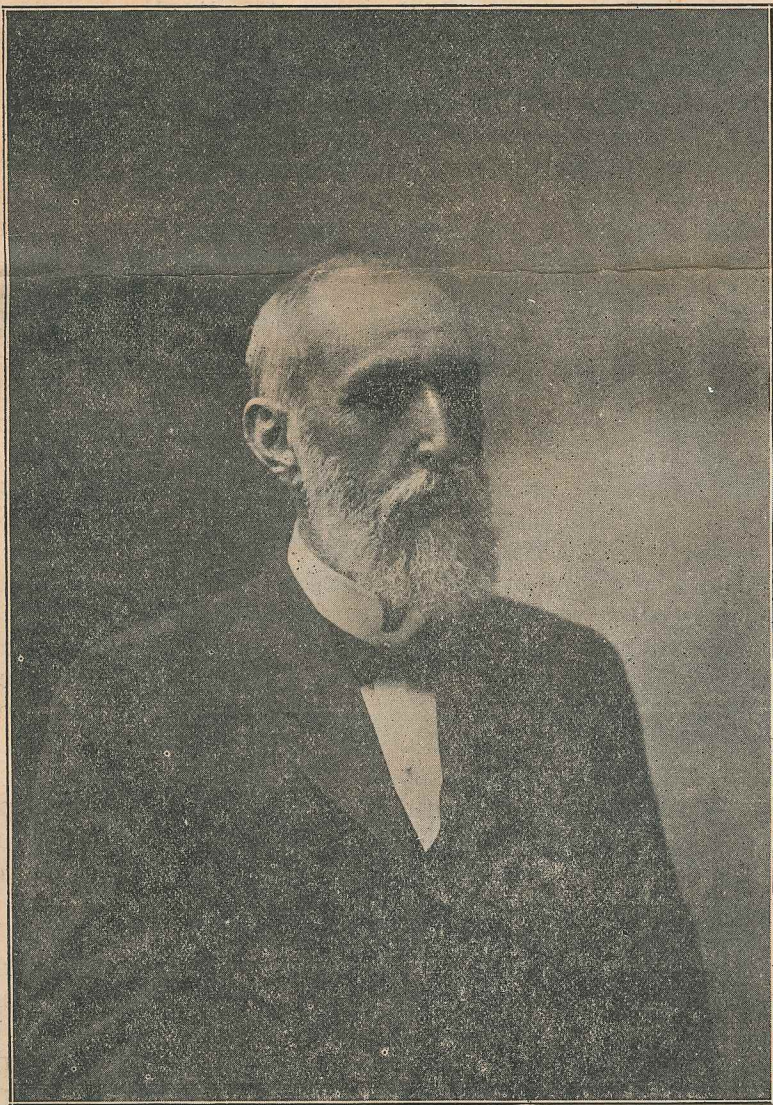
FALLECIDO EN SAN JUAN DE PUERTO RICO EL 16 DE DICIEMBRE DE 1917

La redacción de LA CONCIENCIA LIBRE, en este momento de tristeza, cumple un deber ineludible, hondamente sentido y sagrado, al tributar al eximio patricio que acaba de morir en la ciudad de San Juan, en donde hace años residía con su honorable familia, este homenaje de justicia, de amor y gratitud. Y para ello toma las columnas de esta revista de la que fué brioso paladin desde su fundación en 1909, solicitadas para tan alto deber al que es hoy su director, señor Germánico S. Belava, hijo del ilustre fenecido y como él, leader del movimiento librepensador de Puerto Rico.

Honramos esta primera plana con el último retrato del señor Belaval, cuando aún no se sospechaba el estado de gravedad que produjo el fatal resultado de su muerte.

No haremos una biografía del gran combatiente y perseverante obrero de las ideas, puesto que sería trabajo que requeriría lentitud y una esmerada solicitud de los datos necesarios; y solo queremos dar una idea de lo que fué y significó en el mundo moral la figura austera de aquel hombre firme y fuerte que siempre se mantuvo en sus posiciones de luchador, sin desmayos y sin capitulaciones vergonzantes.

En su época y fuera de su época, encontraremos raros ejemplares de tal categoría



de hombres cívicos. Esta clase escogida, selecta y pura, de ciudadanos, no es la corriente; y cada vez que la humanidad cuenta con ella, da un paso de avance en su progreso, a veces imperceptible, a veces

sensacional. Con el esfuerzo personal de este noble pensador se ve-

rificó una reacción en la conciencia de nuestro país, que no había antes pensado en agrupar a sus buenos elementos racionalistas en un haz vigoroso, para poder iniciar una jornada de trabajo eficiente en pró de la libertad de conciencia, asunto delicadísimo en nuestro medio am-

biente, mal preparado por la vieja educación para reaccionar sobre los ancestrales errores que tenían su raíz en la misma cuna, en el mismo hogar, en la misma descendencia social y teológica.

El doctor Belaval dió a la lucha un carácter general. Laboró con extraordinaria actividad—tanta como la que ha desplegado su digno sucesor en estos últimos años—y con un desinterés admirable. Puede decirse que su trabajo marcó para siempre una era de progreso racional en nuestra historia, y que a sus esfuerzos y su ejemplo se deben la cohesión que caracteriza actualmete al elemento racionalista del país y la libertad de actos que da autoridad a las ideas que defendemos. Dió él un ejemplo de convicción: como portador de una bandera, supo mantenerla en el baluarte con altivo continente y con absoluta intrepidez.

Su espíritu analítico le estimulaba a buscar la verdad en el estudio de las ciencias, esencia de todos los progresos humanos. Desde muy joven se revelaba en este ilustre puertorriqueño un noble afán de perfectibilidad espiritual; y este afán le llevó a perfeccionarse en sus estudios filosóficos, y dar cima a su carrera de legislación y culminar en su examen de todas las materias relacionadas con las ciencias exactas y las artes, en sus más profundas

evoluciones. Así, con sutil ansiedad, le vemos, en las reservas de su gabinete, cultivar la literatura, analizar la política, razonar sobre los asuntos generales de la vida social y natural, y—lo que es más curioso y apenas conocido de sus mismos amigos y compañeros, dedicar su hora a las musas, como si su alma superior necesitara esta delectación para entrar luego con pensamiento más agitado y fogoso, en las batallas áridas de la existencia. En esta edición publicamos, como una demostración de su compleja labor de artista de las ideas, algunas de sus poesías de joven, escritas allá por los años en que la misma literatura del país casi dormía, pues apenas teníamos prensa, tribuna, ni centros de cultura para estimular a los cultivadores del arte. Entre estos trabajos, que han sido encontrados en el archivo de sus manuscritos, figura un canto a Franklin, que merece elogio por su fondo y por su forma: oda clásica, bien desarrollada, con fluidez, con sentimiento, con bien razonado motivo. También, un canto sentimental a su madre: la santa mujer que tuvo del arte una sublime idea y fué sin duda alguna la musa de su corazón juvenil y la que inculcó en su mente la idea esencial de las grandes bellezas del arte y el profundo amor a la ciencia y a la historia. Un romance delicado, titulado "Zulima" también hallado entre sus trabajos de poeta, merece la publicidad. Hay que tener en cuenta las épocas, romántica, zorrillesca, más sentimental que naturalista, pero humanas, más humanas que la poetización que se ha dado en creer lo plus ultra de la poesía con detrimento injusto de lo que fué lo plus ultra del sentimiento y de la vida ética. También publicamos unas postales recientes, de sus últimos años, en las que hace sutil y fácil expresión de sus ideas.

De su labor como escritor, damos algunos de sus trabajos en materia doctrinal, que ponen de relieve al combatiente del libre examen. Por no ser el momento oportuno, puesto que no es nuestro ánimo despertar pasiones, ni las más leves, que puedan per-

turbar la serenidad de esta hora de reverencia y de dolor, no reproducimos al igual que estos trabajos, otros de carácter político y social, para que los lectores tuvieran una idea más completa de la extensión de aquellas facultades, siempre inclinadas a la verdad, a la justicia y al deber.

En las columnas de esta revista, su nombre fué una atalaya, alta y fuerte. Figuraron en la perseverante redacción, sus trabajos científicos, sus buenos estudios críticos en materia religiosa, sus cartas "A una Dama Católica" que están llenas de sutileza y de convencimiento, su palabra veraz, enérgica y vibrante, ya en la censura de los errores seculares de la iglesia, ya en las del dogma en particular, ya sobre procedimientos institucionales, ya sobre formas de educación pública y privada. En ningún momento desperdió este eximio batallador ni el tiempo, ni su voluntad, que sabía cuanto significaba el instante de trabajo y el esfuerzo personal en la labor de las ideas.

El ciudadano estaba al nivel del hombre privado. Fundó un hogar digno de todos los respetos de su pueblo: educó a sus hijos en las máximas del deber y de la dignidad: hizo de su sentimiento un culto y de su compañera en su vida una idolatría, dando a sus contemporáneos un ejemplo de buenas costumbres y vida intensa de actividad inteligente. La influencia de sus ideas formó el carácter que actualmente sostiene esta revista, con una constancia y una firmeza dignas de mención y aplauso. En uno de los más importantes departamentos de la Unión Postal Americana, en la oficina de la ciudad de Ponce, trabaja uno de sus hijos también, con la confianza del gobierno de los Estados Unidos; y ejerce su profesión de doctor en medicina en la ciudad de San Juan otro de sus hijos mayores rodeado de las consideraciones del compañerismo y de la sociedad. En una palabra: el Doctor José Sastraño Belaval ejercía, en su hogar y fuera de su hogar, el ministerio de su deber como un sacerdote de su propia conciencia, entendiéndolo como debe en-

tenderse la vida civilizada y el patriotismo.

De su carrera profesional no haremos extenso discurso, pues ya se saben las alternativas a que está ligada la vida de los negocios y del trabajo. Sin embargo, como ligeros detalles, podemos dar una idea de la confianza que siempre tuvo la Administración, tanto en la época de España, como en la presente, en sus servicios de jurista y de hombre recto y probo. Entre los cargos que le fueron confiados, podemos citar los siguientes:

Ejerció de juez en San Juan y Arecibo, en 1882. Fué Registrador de la Propiedad en Aguadilla, nombrado el 21 de Octubre de 1882; igual cargo en Humacao, nombrado el 29 de Abril de 1884; igual cargo en Valdepeñas, nombrado el 22 de Enero de 1889; igual cargo en Puerto Príncipe, nombrado el 11 de Octubre del mismo año de 1889; igual cargo en Arecibo, nombrado el 14 de Marzo de 1890; igual cargo en Ponce, nombrado el 15 de Febrero de 1899; igual cargo en San Juan, en sus últimos años.

Ejerció el cargo de Fiscal de la Audiencia Territorial de Puerto Rico en 1877 y varias veces honrado con cargos honoríficos. En varias ciudades de la isla trabajó en su bufete de abogado y siempre estuvo su prestigio de caballero al mismo nivel que el del togado. De su último trabajo como Registrador de la Propiedad, da fe, en documento que publicamos en esta edición, el gobierno de Puerto Rico, al dar su pésame a su esposa y reconocer sus méritos y su brillante ejecutoria profesional.

De su labor de hombre público podría hablarse mucho, si se pudiera ahondar en su trabajo del pasado. No se ocupó él nunca de su propia fama y casi todo se ha perdido en la sima de los tiempos, que todo lo absorbe y devora. Sin embargo, algunos datos se nos suministran de la Capital de la Isla, sobre incidentes de su vida ciudadana.

En lejana época—nada menos que en 1879—fué nombrado el señor José Sastraño Belaval concejal en el municipio de aquella ciudad. El 18

de agosto, siete días después de haber tomado posesión de su cargo, se dió cuenta a la corporación con una comunicación del Gobierno General, acompañada de una orden del Gobernador Militar a la que acompañaba otra instancia promovida por el ayudante de obras públicas, señor José Font Medina, en la que se pedía se declarara la nulidad del nombramiento del arquitecto don Arturo Guerra, hecho por el Ayuntamiento, y se nombrara al solicitante u otro de mayor título. Este escrito estaba redactado en forma ofensiva para la corporación; y el concejal Bartolomé García propuso que se accediera a lo solicitado por el Gobierno Militar. Entonces, el concejal señor Belaval se opuso a tal cosa enérgicamente, diciendo:—"No procedé informar al Gobernador tal como lo propone el señor García, porque la historia de los hechos sobre el nombramiento del señor Guerra declina esta corporación el poder legal que tuvo para su nombramiento, sometiéndolo a las atribuciones a las del Gobernador en un asunto ultimado con arreglo a las leyes, lo cual debe evitar esta corporación, a fin de que en lo sucesivo se desestime sin trámites toda gestión extemporánea interpuesta fuera de las prescripciones de la ley, como la del señor Font"... Y terminó su discurso el señor Belaval pidiendo que se suplicara al Gobernador que dispusiera que el señor Font fuera corregido por las palabras inconvenientes consignadas en su escrito, "puesto que al Gobernador corresponde hacer respetar el prestigio y la dignidad del Ayuntamiento" y que se sustituyera en su cargo al señor Guerra. Como es lógico suponer—juzgando las cosas bajo el aspecto que aún puede aplicárseles—el concejal Belaval fué derrotado en la votación, después de largo debate, pero su gesto no se ha podido olvidar, y de esto es prueba la cita que hacemos con orgullo en esta ocasión.

En el mes de septiembre—sesión del día 9, 1897—propuso el concejal José Sastraño Belaval la creación de la Biblioteca Municipal. Seguramente, este detalle de su vida es absolutamente ignorado.

La Biblioteca Municipal fué creada y el día 12 de Septiembre se habían recibido los primeros libros que ocuparon sus estantes y que luego se llenaron con importantes obras y revistas.

El día 10 de Octubre se celebró una importante sesión. En ella se promovió un asunto relacionado con la construcción del teatro municipal: se propuso que se construyera un palco especial para el Gobernador General, unido al del Municipio. El asunto fué discutido con vehemencia; y la mayoría conservadora pretendía que se destruyera parte de la obra realizada, para hacer el palco. El señor Belaval, entonces, presentó la siguiente moción:—"Que la distribución y división interior del teatro debía subsistir tal como se encontraba y que, por tanto, no se llevara a efecto obra alguna que pudiera alterarlas o modificarlas en forma alguna; que este acuerdo se comunique a la Comisión especial de Reparaciones del edificio, etc.". Demás estaría decir cómo cayó entre los conservadores y lisonjeros del Poder, aquella moción y aquella actitud; y es lógico suponer también que fué lo que se resolvió juzgando las cosas con el mismo criterio que hoy mismo puede aplicarse a muchas cuestiones....

El concejal Belaval fué erróneo; pero su gesto de protesta no se ha olvidado tampoco.... La historia es inapelable: ella da a hombres o a instituciones lo que merecen. Después de tantos años, la muerte de un hombre superior resucita hechos y palabras, dando a cada cual lo que le corresponde; y del fondo de la historia surge la misma dignidad de una época salvada por el carácter de un ciudadano.

Hombres de tal temperamento y tales virtudes cívicas no son comunes; y cuando los pueblos sepan estimar estas condiciones en sus hijos, la justicia y la democracia serán una verdad y dominarán la conciencia pública.

Terminamos, para no hacer pesado este triste memorial, en el que solo queremos dar una idea del gran virtuosismo de las ideas que acaba de morir. Digamos también—y seremos justos y lógicos—

que este buen obrero de la razón universal sufrió mucho en su vida. Sufrió la crueldad de sus tiempos, el vacío de sus soledades de pensador, la tortura de sus ansias de reformador y visionario. Como el sublime mártir de Galilea, cada día más grande en las altas mentalidades como en el corazón de la humanidad, este varón ilustre vió su propia crucifixión, porque sintió como aquel gigante lampadario de la justicia y de la libertad, la ambición nobilísima de sus ideas libertarias en lo más delicado y profundo de su conciencia. Tenía las virtudes de Bruno y la entereza de Cato. Nació en un pobre peñasco batido por los mares y su espíritu se dilataba en estrechos horizontes como buscando la solución de los problemas humanos en el infinito, puesto que apenas, en sus tiempos, podía buscarlos en

la tierra. Aguila aprisionada a las tristes mezquindades de épocas oscuras, batió sus alas soberbiamente sobre los errores que corroían a sus hermanos, pretendiendo barrerlos... ¡Ay! qué duelo terrible entre las dolorosas realidades y los estímulos generosos de su conciencia....

Ya no sufrirá más, ni luchará. Otros quedan; otros quedamos aún con la bandera; pero también nos marcharemos.... ¡Oh, puertorriqueños! Oh, hermanos en patria y aspiraciones generosas y y en duelos con el error y la ignorancia! batid palmas al que luchó por vuestra causa, al que supo defender vuestra libertad moral, al que quiso sacudir un pedazo de la cadena que ata al mundo a las esclavitudes de la conciencia, sobre el mismo rostro de los que tratan de esclavizar el pensamiento y la ética de la huma-

GOVERNMENT HOUSE
PORTO RICO

San Juan, Diciembre 18 de 1917.

Muy señora mía:

Permítame que exprese a usted, por medio de esta carta, mi más viva y sincera condolencia con motivo del fallecimiento de su distinguido esposo.

El Pueblo de Puerto Rico ha sufrido la pérdida de uno de sus funcionarios más antiguos y más competentes, que asumió durante 35 años, con la mayor inteligencia, las serias responsabilidades que la ley impone a los Registradores de la Propiedad. Su larga experiencia en el ejercicio de ese cargo, y sus profundos conocimientos del derecho civil y de la legislación hipotecaria, eran grandemente apreciados por todos sus conciudadanos, y por el Gobierno Insular, al que prestó, con toda lealtad y constancia, los mejores servicios.

Que esa verdadera estimación de las altas dotes intelectuales y morales de su esposo, sirvan de lenitivo al dolor de usted y de toda su distinguida familia.

Y reiterándole, a nombre del Gobierno, mi más sentido pésame por la desgracia que experimenta, soy de Ud. atto. S. S. Q. B. S. M.

HOWARD Z. KERN

Gobernador Interino.

Sra. Doña Concepción Veve Vda. de Belaval.
Santurce, P. R.

JOSE S. BELAVAL

Al triste día 12 de Diciembre de 1916, en que perdimos para siempre aquel inolvidable Horacio S. Belaval, hay que agregar el luctuoso 16 de Diciembre de 1917, fecha que también quedará amargamente registrada en nuestra memoria, porque otro ser muy amado y muy justamente estimado, también ha rendido tributo a la inflexible ley de transformación.

El perfecto caballero José S. Belaval ha terminado la jornada de la vida.

Tuvo el envidiable acierto, al crear un hogar, de elegir la más digna colaboradora, en Concepción Veve, de la distinguida familia que, así en esforzados varones como en castas y respetables damas, es gala y honor del patriciado puertorriqueño.

Al suave y vivificante calor de aquella conjunción de intachables seres, formados para vivir en armoniosa unión, surgió una familia prestigiosa y honorable, modelo de mutuo amor y de ese cariñoso respeto, sin el cual los hogares, antes que tales, son antros de discordia.

Al ejemplo sano, y siempre correcto, de aquellos esposos, que tan de veras se amaron, correspondió, como era lógico esperar, la fraternidad más dulce, y tierna entre todos los que fueron y son frutos de su unión tan felizmente cimentada. Tales los excelentes hermanos José, Germánico, Mario, Vasco, y Ester S. Belaval y Veve, y el inolvidable Horacio. Ese hermoso sentimiento de solidaridad fraternal es la mejor y más perfumada corona, que puede colocarse sobre la losa que guarda los venerandos despojos, de quien supo educar para el bien y para el amor a los que hoy saben honrar el nombre del padre ideal que les cupo en suerte.

José S. Belaval, hoy durmiendo el sueño de los justos, fué un modelo, no solo como padre de una familia distinguida, sino también como ciudadano amante del suelo que le vió nacer, como consecuente amigo y como integérrimo funcionario público.

Comulgaba, (¿cómo no, en persona de tan vasta ilustración?) en los ideales excelsos del libre pensamiento, que labora para obtener una humanidad verdaderamente redimida, no por medio de fantásticos engendros de embrutecedor fanatismo, sino ilustrando al pueblo para arrancarle la venda de las supersticiones, que no le dejan contemplar, en todo su esplendor, la perfecta luz del sol de la verdad.

Fué ilustrado, fué patriota, fué una alta intelectualidad, fué muy amado y supo amar intensamente. ¿Que mejor epitafio para su tumba?

JOSÉ LLORENS Y ECHEVARRÍA.

nidad.... ¡Batid palmas en honor del patricio raro y abnegado que se llamó José Sastreño Belaval.

Manifestación de Duelo

La tarde del lunes, 18 del corriente Diciembre, se inhumaron los restos mortales del Licdo. José Sastraño Belaval, en el cementerio de Santurce.

Al acto del sepelio acudió una gran concurrencia, de todas las clases sociales, demostrándose con esto, de manera elocuente, las simpatías de que disfrutaba el noble compatriota fallecido. Entre los concurrentes, hallábanse muchos elementos de lo más distinguido de la sociedad de San Juan, por su cultura y sus prestigios sociales.

La fúnebre comitiva partió de la

del señor Belaval en todas sus actuaciones, así privadas como públicas: padre amantísimo, esposo ejemplar, amigo leal, ciudadano modelo, que supo formar un hogar y una familia dignos de todos los respetos.

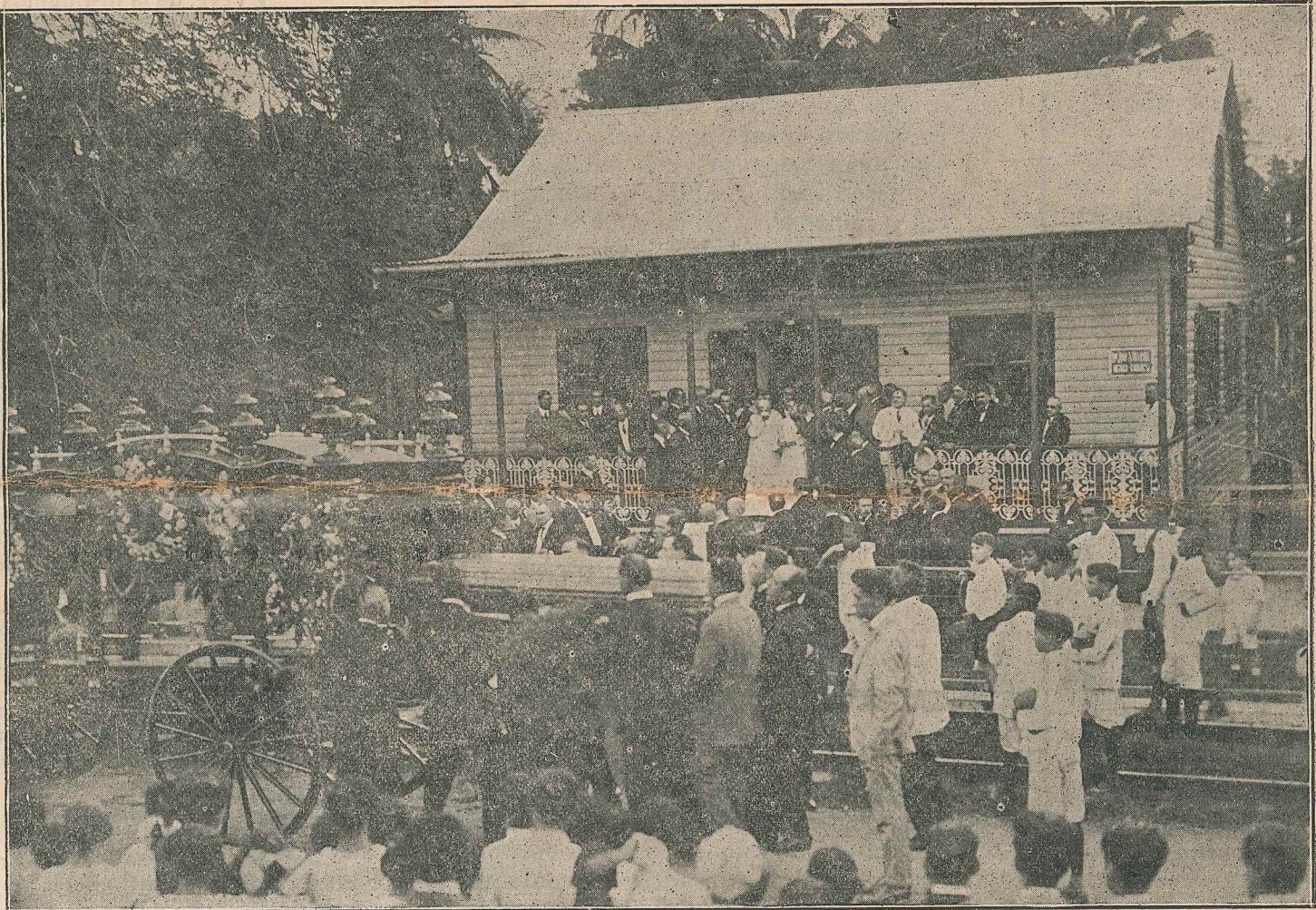
Habló de los esfuerzos que realizó en su juventud para estudiar la carrera de abogado, luchando a brazo partido con la pobreza, conquistando su título de un modo brillante, destacándose entre todos sus condiscípulos por el tesón de su recto carácter y la luz de su claro talento. En el ejercicio de su pro-

rencia a las cuestiones filosóficas y sociológicas, laborando persistentemente con su pluma por la cultura y la emancipación moral del pueblo. Fué un hablista de estilo limpio, claro y castizo y de elevados pensamientos, que revelaba por sus prendas literarias su afinidad intelectual con los escritores del siglo de oro de la literatura española, y digno de que su nombre figure en Puerto Rico junto a los nombres gloriosos de Padilla y de Brau.

Exaltó los extraordinarios méritos del señor Belaval como apóstol de la libertad de conciencia. Al enunciar este concepto, manifestó el orador su deseo de que aquel resonase en aquel sagrado lugar, don-

mostrándose en tal sentido como en los demás actos de su vida, sin acrimonias ni enconos para nadie, respetando todos los cultos, escribiendo, cuando combatía, a la manera irónica y penetrante, que es tan propia de los espíritus selectos como el suyo. Y su obra será duradera, por lo mismo que fué grande.

Habló de la muerte, no como un estado que significa la cesación de toda vida, sino que señala los primeros pasos hacia una existencia más amplia y mejor que la mísera existencia humana. También habló de las profundas creencias espiritualistas, impregnadas de saber filosófico y avaloradas por exquisi-



La presente fotografía representa el acto de ser conducidos los restos venerables del merísimo portorriqueño señor Belaval, al féretro que había de llevarlos al Cementerio de Santurce, donde hoy descansan para la eternidad bajo el amparo y protección de sus familiares que hacen de aquel sitio, diario homenaje de sus respetos más profundos.

casa mortuoria, formando una imponente manifestación de duelo. Tras del féretro, cubierto de coronas, seguía una larga fila de automóviles, conduciendo los asistentes al solemne acto. La viuda del señor Belaval, sus hijos, y sus familiares más íntimos iban allí también, camino del cementerio, para rendir al sér querido el último tributo y la última despedida, y en el campo santo se situaron junto al féretro, dando pruebas de una admirable fortaleza de ánimo, en tanto que nuestro compañero y amigo señor Eugenio Astol ponía de relieve, en un sentido discurso, los méritos que adornaron al señor Belaval y los rasgos más salientes de su hermosa y fecunda vida.

Procuraremos expresar aquí algo de lo que el señor Astol dijo, en su oración necrológica.

Exaltó las singulares virtudes

fesión no desmintió estas cualidades, habiendo sido una verdadera autoridad en este orden de estudio, y muy especialmente como Registrador de la Propiedad, funciones que desempeñó durante treinta y cuatro años de una manera intachable, siendo, por su antigüedad en este ramo, el decano de los registradores de la Isla.

Hizo resaltar sus méritos como escritor. Apenas se conoce este aspecto de la intelectualidad de Belaval, porque su invencible modestia y el desdén que siempre tuvo por la gloria y por la fama, le mantuvieron siempre en una obscuridad voluntaria, en este punto, fuera del círculo de sus familiares y amigos más íntimos. Casi todos estos trabajos andan esparcidos por revistas y periódicos, y en ellos ocultó a veces su personalidad bajo el velo del seudónimo. Se dedicó con prefe-

de estaban reunidos hombres de distintas opiniones filosóficas y religiosas, despojado de todo prejuicio y de todo carácter de exclusivismo, en un ambiente de serenidad suprema, propicio a todas las sectas y todos los credos. El señor Belaval no fué intolerante ni rudo en la exposición de sus ideas; nunca pretendió arrebatarle a nadie su fe; fué el perfecto tipo del librepensador moderno, depurado por el estudio y la razón, fortificado por la experiencia de la vida, que combate las imposiciones dogmáticas, donde quiera que se manifiestan, y defiende los fueros de la conciencia humana contra todo yugo que se ejerza sobre ella, dificultando el libre vuelo de cada hombre hacia la verdad y hacia la luz. Desde este punto de vista llevó a cabo el señor Belaval una verdadera obra educativa en Puerto Rico,

tas intuiciones del más puro idealismo, que siempre reinaron en el noble hogar de la familia Belaval Veve, y a ellas debíase, sin duda, que la noble matrona viuda del señor Belaval y todos sus hijos, estuviesen en aquel momento allí presentes, junto al féretro que encerraba los despojos del sér que amaron tanto, reprimiendo su pena, ahogándola con voluntad firmísima para ir unidos a él hasta el propio umbral de la tumba, en la firme certidumbre de que algún día todos estarían unidos, en otras religiones más altas y puras, como lo estuvieron unidos acá en la tierra, en comunión perfecta de espirituales afectos, como si formasen una sola alma.

Terminó dando gracias a los concurrentes en nombre de la familia, así como también en representación de la familia.

(Sigue a la página 5.)

En la Eterna Vía de la Verdad

Muere el Doctor José S. Belaval

La muerte implacable ha dictado su fallo fatal sobre una de las más claras inteligencias que produjo este país. En edad avanzada, acaba de fallecer en la ciudad de San Juan de Puerto Rico el doctor en ciencias y doctor en leyes, señor José S. Belaval, jefe honorable de una honorable familia que goza en todo el país de merecidos respetos.

Dolencias físicas minaban hace algún tiempo su fuerte organismo, y, al fin, lo vencieron. La ciencia luchó en vano por conservar la vida del excelente ciudadano y también se rindió, cuando más esperanzas había de una posible resistencia.

El señor Belaval era conocido del país y fuera del país, por su talla de hombre de pensamiento. Desde sus primeros años se dedicó a profundos estudios, convirtiendo su vida en un sacrificio personal por grandes ideales humanos. Cultivó la literatura con una delicada exquisitez: estudió los clásicos y escudriñó la historia con fino cuidado; dominó un estilo, llegando a crear con gran facilidad un soberbio ropaje literario; sacudió las cadenas del tradicionalismo y dió a su carácter austero verdadero relieve de pensador. Si no hubieran sobrado virtudes en aquel corazón, bastaría con considerar su constante labor en beneficio de la humanidad, luchando contra los errores seculares, en cuyos escollos se agrietaron las más gigantescas naves de la revolución social. Tenía la reflexión y a un tiempo el impulso: tenía la fuerza moral y la perseverancia de los grandes capitanes. Fué un héroe de su deber, como apóstol de sus ideas radicales, y su bandera no se plegó un solo ins-

Manifestación de Duelo

(Viene de la página 4.)

ción de los libre pensadores de Puerto Rico, de los cuales fué el señor Belaval, en nuestra isla, la figura culminante, por sus dotes de organizador y la profundidad y el nervio de su propaganda.

Astol estuvo hablando durante media hora. No nos ha sido posible retener en la memoria cuanto dijo en honor del señor Belaval y de su labor altruista y generosa, pero con lo expuesto creemos que bastará para dar una idea de sus conceptos y de los tonos de su discurso, que obtuvo de todas las personas allí reunidas vivas muestras de aprobación, porque se salió del clisé vulgar en estos actos, y el orador vulgario a sus palabras el calor de una gran sinceridad y de una convicción profunda.

La tumba del señor Belaval fué abierta junto a la tumba donde reposan los restos de su hijo Horacio, que falleciera no hace mucho tiempo en plena juventud. Y una misma tierra abriga en su tibio seno los cuerpos del padre y del hijo.

tante. Era un legítimo hombre de conciencia.

La muerte de este valeroso campeón del libre pensamiento deja un vacío, que no sabemos si ha de llenarse con el bravo contingente de soldados del ideal que le despiden con un solemne "ne varietur", cubriendo su frente pensadora con los laureles del vencedor. Pero, no dudamos de que su obra será secundada con iguales esfuerzos, con tan varonil impulso y tan gallardas disposiciones para dar el combate. La muerte arrebató al hombre, pero respeta sus ideas, que como águilas luminosas cruzan el infinito de las conciencias, dándolas calor y luz.

En las columnas de "La Conciencia Libre", al igual que en las de otras revistas del exterior, se encontrará la firma de este escritor en muchas ocasiones, tenazmente puesta al pie de brillantes trabajos científicos y de propaganda racionalista. Colaboró en todas las empresas dedicadas al fomento de las ciencias; y como visionario de un ideal de fraternidad y de libertad, cumplió con su deber hasta el último instante de su vida. Pocos podrán alcanzar un aplauso póstumo como este perfecto caballero de las edades presentes. Es, a saber, cualquiera tendrá junto a su caja funeraria las coronas de sus familiares y amigos, y las de las corporaciones en que haya actuado: esto es lo corriente, pero aseguramos, y muy en alto lo decimos, que pocos merecerán el honor de las verdades que dejamos aquí consignadas y que la posteridad acogerá, no como humo de incensario sobre pasajeras famas dadas a cuenta de cortesía, sino como la legítima palabra de una conciencia justa, en honor al buen maestro de virtudes públicas que fué también ejemplo de las privadas.

Seguramente, la pluma que traza estas líneas no hará este honor a muchas reputaciones falsas y menguadas de la época. No lo merecen, porque no es lo mismo trabajar la gloria que usurparla, aprovechando la ignorancia de nuestras masas y el estado de fragilidad, impresionismo y corrupción que nos degrada. Para los altos grados, van desapareciendo los rosas cruces; y apenas quedan de las viejas y sagradas virtudes, algunos vestigios, maltratados por los presentes egoísmos y las presentes esclavitudes.

El hombre que pudo salvar su espíritu revolucionario sobre las mentiras convencionales que nos envilecen y sobre las contumelias que nos desbaratan, no fué el tipo corriente que se deja arrastrar por el torrente fangoso que arropa a sus víctimas hasta asfixiarlas. Aquel hombre fué un ejemplo. Su personalidad sobresalía sobre la curvatura maleante del torrente y luchaba con él, logrando escapar a sus traidoras amenazas. Su carácter tenía consistencias formidables: su modestia lo detenía a veces en

el camino, pero no lo debilitaba, ni lo maleaba. Una visión exacta de lo que es la vida de conciencia, la vida racional, lo estimulaba a luchar; y no rehuía la lucha, mientras otros caían desautorizados en mitad de su carrera de lidiadores.

Cultura sólida y además fecunda, pues la hacía vivir para sus semejantes; mentalidad robusta, bien nutrida por ideas reformistas dignas de otros tiempos; alma templada al calor del esfuerzo moral y preparada para el sentimiento tanto como para la justicia, lo cual es muy raro; con fuerzas para ofrecer su ofrenda independiente al progreso sin bajar la cabeza a las presiones de la política y el sectarismo: tal calidad de puertorriqueño era a modo de un monolito en medio de nuestras actividades bastante mal dirigidas.

Para comprender su trabajo, habría que aceptarlo con absoluto desahogo: el hombre de alma libre solamente podría entender su objetivo de psicólogo y sus fines ideológicos. Alta la razón, iba él hacia puntos altos también, a donde no van todos, ni quieren ir, porque les asusta el esfuerzo y no aceptan el deber como sacrificio. Y Belaval no vaciló un momento: en su vida de luchador, es a saber, desde que alzó en sus manos el estandarte del libre pensamiento como un lábaro de combate, marchó sereno y confiado a la cima, no dudando del éxito, ni desmayando en sus propósitos. Esta será siempre su más hermosa ejecutoria. Así, lo vemos en la trinchera, como un convencido más que como un obligado. Así le vemos defender palmo a palmo su puesto en las avanzadas como el viejo Nakens, fuerte en el ataque, prudente en su misma violencia de combatiente. Así le vemos trabajar por un ideal de progreso, sin debilidades y sin cobardías... ¡Cuántos han desertado, mientras él permaneció de pie, altivo y grave, ante el conflicto...!

Muere en plena serenidad de alma, porque sabe que la bandera no será arriada.

En su deber fué un puritano. En su trabajo un fuerte picapedrero de su deber.

Deja un hombre ilustre a su familia y un ejemplo a su patria.

Descansa, al fin, de sus dolencias; y aun su voz de patricio—su extraña voz que no todos pueden entender pues solo oyen las de las pasiones políticas—seguirá vibrando en sus trabajos en pró de sus semejantes; que siempre será voz eterna y sagrada aquella que trata de librar de errores a la humanidad.

Duerma en paz. Su laurel será consagrado y su obra perdurable. Así sea.

FÉLIX MATOS BERNIER.

Ponce, 18 de diciembre 1917.

Reproducido de

El Aguila de Puerto Rico

No existe catecismo del libre pensador. El libre pensador ama la independencia y proseguirá la acción personal según su espíritu y su razón.—BERTHELOT.

JOSE S. BELAVAL

Un amigo de San Juan me invita a título de viejo a que trace unas líneas para honrar la memoria del que fué mi amigo de las mocedades, don José Sastraño Belaval.

Es un ruego al que se accede siempre de buen grado.

Recordar el nombre de un muerto para levantar a niveles impropios los méritos de su vida, es labor penosa, penosa y meritoria, pues que arguye un esfuerzo de alta intensidad intelectual.

Recordar la memoria de un muerto para quedar, de todos modos bajo el nivel de sus merecimientos en la vida es tarea fácil, sin otro temor que la demostración de incompetencia.

Don Pepe Belaval, que así brevemente le llamaban sus íntimos, era y fué siempre un carácter, complejidad moral, digámoslo con verdad, que escasea en nuestro país en el sexo fuerte. Ese era el mérito singular de su personalidad civil.

Así le admiramos en los años de su juventud, en los propios tiempos en que al lado de Antonio Cortón, Carlos María Soler, Marcelino Andino y otros estudiantes cubanos luchaba afanosamente en las aulas de la Universidad Central, en Madrid, por ganar su título de abogado, lo que consiguiera en años difíciles con brillantísimas notas y aplausos de los maestros más notables de la ciencia en aquel entonces en España.

Muchos años después de esa época de tan grata recordación encontramos a Belaval engolfado en sus negocios profesionales, con una familia noble a su vera, siempre el mismo hombre, entero, inflexible en los adentros de su alma, laborioso y educador, enamorado de su ideal de perfectibilidad moral, resistente a todos los embates de la claudicación de la voluntad.

La imperdonable modestia de su carácter privó a su tierra del esfuerzo de un luchador incansable por la felicidad de su pueblo.

Sentía el aguijón duro de la política, pero no entró a fondo en la lucha de los partidos. Era, sin embargo, un liberal, un demócrata de la buena cepa y sus juicios de los asuntos de palpitante actualidad eran acertados porque llevaban el sello de su buena fé, de su absoluto desinterés y de sus sentimientos generosos nunca desmentidos.

Como recordara felizmente al pie de la huesa que tiene sus restos el Sr. Astol, fué un escritor de alta estima, de gusto literario selecto que no siempre sacó a luz sus composiciones literarias. Recordamos, ahora, que escribió versos que eran aplaudidos y comentados muy favorablemente, por el fondo filosófico conceptuoso que dió como arma a la trama armoniosa del verso. El Dr. Zeno Gandía, fué el promovedor de un libro de versos que escribieron en Madrid los jóvenes estudiantes de Puerto Rico, el cual libro llevaba un prólogo y algunos versos de don Manuel Corchado Juarbe. En ese li-

(Sigue a la página 6.)

Cuatro Hombres, Cuatro Figuras, Cuatro Astros

La muerte con su implacable guadaña acaba de herir a la sociedad portorriqueña llevándose al que durante su vida material conocimos con el nombre de José Sastraño Belaval.

Entre los hombres que han su cumbido se cuentan por centenares los hijos de esta tierra que brillaron en la política, en la literatura y en otras manifestaciones de la vida, pero ninguno reunió mayor número de condiciones buenas, que el Sr. Sastraño Belaval quién fué poseedor de las virtudes necesarias para ser considerado como un factor de indiscutibles méritos y como hombre perfectamente preparado para la lucha en estos tiempos, que son de progreso, de luz, actividades y de veneración.

José S. Belaval nos abandona a una edad avanzada, pero el hombre que despedimos estrechando su mano temblorosa hace unas cuantas noches en su morada, era el mismo que conocieron hace treinta o cuarenta años los que entonces luchaban por "hacer un mundo mejor" y por la fraternidad entre los humanos. Su pensamiento clarísimo fulguraba con los resplandores de sus mejores días, y aquel espíritu fuerte de voluntad forjada en la fragua de cruentas luchas, se manifestaba sereno, tranquilo y lleno de esperanzas, abierto a toda idea de progreso, a todo pensamiento de bien.

Son muy pocos los hombres jóvenes que conocen la brillante ejecutoria de aquel hombre que nunca será bien llorado. Acaso pasen muchos años antes de que se manifieste un carácter tan íntegro y tan decidido en la defensa de la libertad de conciencia.

Conocemos muchos hombres que expusieron sus actividades en el campo de la política y que lucharon bravamente por la libertad de nuestro pueblo: entre ellos figuró José Sastraño Belaval quién, cuando había peligro, y se consideraba como un crimen abogar por ideas liberales, con libre pensamiento se erguía en la escena política y producía notas salientes que le valieron serios disgustos con el gobierno, y muchas amarguras en su hogar. Sus actuaciones políticas son otros los llamados a juzgarla.

Tiene en su brillante historia don

JOSE S. BELAVAL

(Viene de la página 5.)

bro tenía hermosa colaboración poética don Pepe Belaval.

Nuestro amigo fué en Puerto Rico una columna fuerte en ciertas ideas filosóficas que representan, de todos modos, progreso y adelantamiento del espíritu, cuyos secretos y cuyos goces están reservados a las almas templadas al viejo luchador de las obras buenas. Su vida, bien esteriorizada en los rasgos salientes serviría para enseñar a las multitudes que es posible la unión de lo bello, lo bueno y lo justo.

DR. J. GOMEZ BRIOSO.

DEPARTMENT OF JUSTICE OF PORTO RICO DISTRICT COURT PONCE

Diciembre 17, 1917.

Sra. Doña Concepción Veve,
Viuda de Belaval,
Santurce, P. R.

Distinguida y Honorable señora:

En sesión celebrada hoy por esta Corte, se dió cuenta del fallecimiento ocurrido ayer, del que fué digno esposo de usted, Lcdo. don José S. Belaval, que, por muchos años, desempeñó el cargo de Registrador de la Propiedad de este distrito, sirviendo después hasta su muerte, igual puesto en el de San Juan, P. R.

La Corte acordó hacer constar, en las minutas de la misma, el profundo sentimiento que experimenta con el motivo indicado; y que fuese trasmitida a usted esta nota de condolencia justamente debida a los méritos del buen ciudadano y del integérrimo funcionario, del cual lamenta la irreparable pérdida.

Y al trasmitir a usted estas manifestaciones, me suscribo,

Muy respetuosamente,
DOMINGO SEPÚLVEDA,
Juez del Distrito.

José Sastraño Belaval una página que pocos han apreciado en todo lo que ella vale. Nuestros políticos en su mayoría han girado en un círculo muy reducido; se han limitado a luchar por la libertad material de la persona, y no vieron mas allá, ni penetraron nunca en la conciencia del pueblo que por cuatro siglos estuvo supeditada a ideas sectarias que están en pugna con la civilización. No importa que viva el pueblo sometido a la tiranía de una Iglesia, aunque esa Iglesia sea la aliada del gobierno que lo tiraniza; no importa que haya un pueblo esclavo de un poder extraño, con tal de que ese pueblo nos siga y crea que su libertad depende de los más o menos derechos políticos que pueda obtener. Ese es el criterio que ha prevalecido entre casi todos los leaders políticos de Puerto Rico.

Frente a esa manera estrecha de pensar tenía que levantarse alguna persona, preparada para batirse con los elementos más influyentes, y necesariamente debía arrostrar todos los sinsabores que son inherentes a esa clase de luchas. Debía de ser un convencido, un apóstol, lo que en realidad fué José Sastraño Belaval.

Hablar de librepensamiento en Puerto Rico cuando gobernaba la Iglesia Católica Romana, equivalía a exponerse a morir en una cárcel o a ser fusilado en los fosos de uno de nuestros castillos.

Cuando las Logias Masónicas eran perseguidas; el protestantismo no se conocía; los espiritistas se reunían secretamente en sesiones, porque estaba imperando en la isla la mitra del Obispo Católico, había un hombre que se manifestaba rebelde a aquella tiranía de la conciencia, había una voz que en medio del tiránico tumulto se hacía oír,

y ese hombre era José Sastraño Belaval, que llevaba sobre sus hombros la pesada cruz del librepensamiento que es complemento indispensable para aquellos que aspiran a causar la vida de las multitudes.

Aquella época en que los convencionalismos lo invadían todo y muchos de los llamados leaders políticos escribían enérgicos artículos en la prensa contra el gobierno y se postraban después delante de los altares dándose golpe de pecho para tener asegurado los favores del obispado, don José S. Belaval laboraba constantemente contra el gobierno y contra la triple perfidia de la Iglesia, que era entonces, y sigue siendo ahora, un obstáculo para que los pueblos progresen y se rediman. Era extraño entonces hallar un hombre de ese temple porque casi todos los que se habían significado en la vida pública caminaban del brazo con los sostenedores de la esclavitud de la conciencia y con los intereses creados.

El apóstol del librepensamiento no perdió el tiempo; sus esfuerzos y sus desvelos han tenido justa correspondencia. La semilla que él sembró ha comenzado a fructificar y lentamente van surgiendo caracteres preparados para laborar por la libertad de la conciencia, tal como él lo hizo, con valentía desafiando la excomunión del Papa con una sarcástica carcajada, y a los necios con miradas compasiva. José S. Belaval era un espíritu preparado para la lucha, su temperamento nervioso lo disponía, y siempre estaba dispuesto a romper una lanza contra los enemigos del progreso.

Era de la misma escuela de Pi y Malgall, Moraita y Salmeron: Ellos en la Península laboraban por la libertad de la conciencia, y en esta isla Belaval los secundaba laboran-

do también por el librepensamiento.

Millares de caracteres íntegros que se han manifestado en el mundo en la misma forma son ejemplos que debemos seguir, aprovechando así las lecciones del maestro, que en ese aspecto de nuestra vida pública, fué don José Sastraño Belaval.

Él nunca supeditó su conciencia al mandato de los que gobernaban en la Mansión Ejecutiva; se imponía por su capacidad, brillaba con resplandores propios, como estrella de primera magnitud que era. En la antigua dominación se impuso por su capacidad, y ahora también triunfó ocupando en ambas oportunidades puestos de confianza en el gobierno.

"La Conciencia Libre" es obra suya, la fundó. Y escribió en ella cuanto pudo y trató siempre de llevar al corazón del pueblo las sublimes enseñanzas del amor y la fraternidad.

Organizó la Federación de Librepensadores y fué siempre su defensor más decidido.

Creó un hogar santificado por la honradez y bendecido por las almas nobles. Era un carácter.

Hombre rico y de claro talento, pudo acomodarse al medio de hipocresía en que se vive ahora y se vivía antes, pero no lo hizo, y vivió humildemente y murió fiel a sus principios.

Donde había que enjugar una lágrima allí estaba él, donde había que levantar a un caído él se adelantaba antes que nadie, donde había que practicar la caridad sin anuncios de periódicos y sin las humillaciones que ahora se estilan, allí estaba don Pepe Belaval tendiendo su mano generosa y ocultando su nombre.

Así educó a su familia, así quería que fuese toda la humanidad...

El que todo lo dispone ha resuelto que vaya a planos más adelantados. Los espíritus superiores se elevan siempre y cuando vienen a mundos como el nuestro traen altas misiones que cumplir.

La misión fue cumplida, le ha enseñado con el ejemplo a los políticos de esta isla, que "no solo de pan vive el hombre," y que a la vez que se lucha por la libertad del cuerpo se debe conquistar la del alma que es la de la conciencia.

Estamos en un momento de transformación universal. Las catástrofes se suceden, la humanidad va emigrando hacia mundos desconocidos, puede ser que esté llegado el momento de entrar en una nueva faz de la existencia y José Sastraño Belaval, en unión de otros que van muriendo sean los precursores nuestros.

Ayer se fué Matienzo Cintrón, enseguida Federico Degetau, luego Luis Muñoz Rivera, ahora José Sastraño Belaval.

Cuatro hombres, cuatro figuras, cuatro astros prominentes.

El país está de luto.

El librepensamiento ha perdido cuatro soldados de su vanguardia.

Corramos a ocupar sus puestos.

A. RODRÍGUEZ VERA.

San Juan.

Licdo. D. José S. Belaval

Nuestro Homenaje a un Insigne Puertorriqueño

Nada más dignificador para las sociedades bien constituidas y que alardean un verdadero progreso moral, que el reconocimiento laudatorio de las virtudes ostentadas por sus más eximias figuras representativas. Rendir homenaje de afectuosa admiración y respeto a aquellos ciudadanos que, en el curso de una laboriosa existencia, han trabajado por el engrandecimiento moral del pueblo, con el precepto y con el ejemplo, es un deber ineludible para todo espíritu animado por elevadas tendencias y que obra impulsado por una conciencia justiciera y ecuánime.

Enardecidos por tales ideas, nos disponemos a exteriorizar por medio de estas líneas la profunda simpatía y respetuosa admiración que siempre sentimos por la austera figura que acaba de bajar a la tumba. La venerable personalidad del Licdo. Don JOSE S. BELAVAL, se destaca sensiblemente en nuestro mundo intelectual y es, en nuestro sentir, acreedora a ocupar una página de nuestra historia, al lado de aquellos ilustres puertorriqueños que más noble y generosamente han trabajado por el engrandecimiento moral de la región; al lado de aquellas almas puras que, sin alardes ni cobardías, lucharon por el triunfo de la justicia y la libertad de nuestro pueblo.

Acaso no tenga el ilustre fenecido, ante las masas, el vistoso relieve de otros elementos que fulguraron en la tribuna pública o en el campo político regional. Pero esto obedece a su idiosincrasia, a su temperamento y a la característica de su labor que, eminentemente altruista, abarcaba un horizonte amplio, fraternal, humanista, no viciado por ambiciones a los plácemes y recompensas que fácilmente se otorgan, como hermoso timbre, a la mayor parte de nuestras prominentes personalidades.

Don JOSE S. BELAVAL no rindió tributo al exhibicionismo. De carácter austero al par que afeble y expansivo, su mente nunca la pobló de ideas estrechas ni mezquinas, porque un espíritu de su temple no podía dar acceso a otros sentimientos que no fueran la expresión vehemente y sincera de los más puros ideales. Su amor a la ciencia, al arte, a la libertad fué el más noble incentivo de su existencia; tanto en pasadas épocas como en los tiempos actuales, siempre estuvo dispuesto a prestar su concurso a la verdad y a la justicia, defendiendo los derechos del débil cuando los consideraba conculcados.

Un hombre de elevadas ideas; un espíritu superior; un convencido liberal; un apóstol de las grandes ideas, fué nuestro ilustre compatriota. Sus múltiples aptitudes serán aquilatadas por otros que tuvieron la oportunidad de estudiarle bajo sus diversos aspectos; nosotros no podemos ni osaríamos hacerlo. Pero estamos convencidos que la obra

acaso más culminante del noble puertorriqueño, es la creación y el fomento del librepensamiento en Puerto Rico.

En efecto, el ideal librepensador ha cristalizado y adquirido fuerte raigambre en nuestra sociedad, debido muy especialmente a la iniciativa fecunda y al esfuerzo valeroso y entusiasta desplegado por el insigne compatriota Don JOSE S. BELAVAL. Es verdad que el ambiente era propicio para la difusión de las ideas librepensadoras; es verdad que el campo estaba ya perfectamente preparado para la germinación exuberante de esa hermosa prédica, única compatible con las exigencias culturales de la época contemporánea. Pero, precisa reconocer que se necesitaba cierto arrojo y valor cívico para romper con los prejuicios y convencionalismos imperantes en nuestro medio social, y presentar batalla, con ademán resuelto y varonil entereza, a la reacción clerical que, aun dentro del régimen actual, no arriaba bandera y permanecía, como en pasadas centurias, dispuesto a imponer su avasallador dominio a todas las conciencias.

Se necesitaba un director, un jefe, y surgió el Licdo. Belaval, apoyado por un núcleo de valiosos elementos. Su hermoso gesto fué perfectamente comprendido y mereció la absoluta aprobación de la sociedad puertorriqueña. Lució, pues, en nuestro horizonte moral la aurora del librepensamiento; todas las almas, hasta entonces dormidas e indiferentes, sintieron el estremecimiento de una fuerte sacudida y, rebosantes de entusiasmo y vibrantes de emoción, se abrazaron ardentemente al estandarte tremolado por el ilustre ciudadano, en homenaje a la emancipación efectiva de la conciencia puertorriqueña.

Don JOSE S. BELAVAL fué el campeón más prominente de las ideas librepensadoras en Puerto Rico; puede asegurarse, con justicia, que semejante ideal se encuentra íntimamente ligado al ilustre nombre de BELAVAL. Si no existieran otras causas poderosas, ésa bastaría para que las futuras generaciones, más juiciosas y ecuánimes que la actual, — no exenta de pasiones y tendenciosas actitudes, — coronaran con los laureles del triunfo y la admiración, al egregio puertorriqueño que acaba de traspasar el dintel de la tumba, dejando tras de sí, como indeleble estela luminosa, el elocuente ejemplo de sus virtudes espartanas, esmaltadas por los más puros destellos de su privilegiada mente.

Ha desaparecido de la escena de la vida un hombre de alta valía, un espíritu luminoso; pero su obra queda en pie, robusta y floreciente, y hará derramar, sobre su glorioso nombre, a las futuras generaciones, el perfume de una gratitud sólida e imperecedera.

ARÍSTIDES CHAVIER.

Mi Ofrenda

En la Muerte del Licdo. José S. Belaval

Durante el régimen anterior la iglesia católica ejercía un predominio poco menos que absoluto, no ya sobre las conciencias, sino también sobre los asuntos políticos, sociales y hasta económicos.

El alma del Estado era católica, y católica tenía que ser la escuela, y católicos los maestros y católico hasta el aire que respirábamos.

La monarquía y la Iglesia se fundían en la común aspiración de dominar al pueblo, de hacer conciencias a su imagen y semejanza.

Es natural que en toda noche haya resplandores, sean de luciérnaga, de astro o de centella. La luz tiende a difundirse, y penetra por la razón de los hombres o por los instintos de los templos.

Existía, pues, la libertad de cultos impuesta por la marcha de los acontecimientos políticos en la madre histórica, en la vieja España. Pero así como los derechos constitucionales no impedían que en ocasiones los abusos del poder llevaran el atropello a los más honorables ciudadanos de la colonia, así tampoco la libertad de cultos impedía que se perseguiera con implacable saña a los masones, y a los espiritistas y todo el que, a la sombra de la propia constitución, se permitiera hacer labor intensa y perseverante de librepensamiento. Un espiritista que en Isabela se permitió anunciar y vender las obras fundamentales de Kardec, fué procesado y enviado *por la ruta*, junto con los libros heréticos, a disposición del Gobernador General. En Utuado eran perseguidos y encarcelados y procesados los miembros de un centro espiritista constituido bajo la dirección de uno de los hombres de más autoridad moral que allí han residido; don Osvaldo Alfonso, padre del amigo que, con el mismo nombre y apellido, allí reside rodeado de los mismos respetos y simpatías que su progenitor.

Es, pues, natural, que los hombres amantes de la libertad humana como base la más preciada del despertamiento de la razón y de la felicidad de los pueblos, si vieran con pena la ruptura del vínculo que por cuatro centurias les unió al pasado, recibieran con júbilo el cambio de régimen político que les garantizaba en el goce de sus derechos individuales.

A partir de aquella época se inicia para el país un fecundo período de renovación de ideales. Parece que el edificio del pasado se derrumba y que haya de levantarse sobre sus derruidos escombros al alcanzar del porvenir. El resplandor del librepensamiento penetra en las almas preparadas para las grandes históricas evoluciones. Un grupo de hombres amantes del progreso y defensores de la libertad funda en Mayagüez la Federación de los Espiritistas de Puerto Rico. Las Logias Masónicas se multiplican para acoger en sus augustos senos a los librepensadores de todos los matices.

La renovación de las ideas se impone.

Pero la iglesia está en vela. Nota que las almas se le escapan del redil, y que al peligro de las instituciones sociales que persiguen fines de redención humana, se une el peligro de las instituciones evangélicas que comienzan a hacer labor educativa y benéfica desde sus respectivos campos de acción, y, astuta y poderosa por el poder que le prestan los descontentos de la nueva situación, intriga en la sombra, y lucha y forcejea por ocupar ventajosas posiciones. Se hace creer en Washington que Puerto Rico es país esencialmente católico. Se abusa de las estadísticas que prepararon los propios elementos sectarios en días más venturosos para ellos; se utilizan los resortes que parezcan propicios a la restauración de los privilegios anteriormente acordados. Los convencionalistas se unen al peligroso movimiento.

Muchos hombres sin otros ideales que sus propios proventos pactan. El gobierno se cruza de brazos. El pueblo observa mientras pone en sus labios una sonrisa de desdén.

La prensa adopta posiciones acomodaticias. Algún que otro periódico insolente injuria. ¡La libertad sirve para que a su sombra se socave el árbol frondoso de las instituciones democráticas!

Ante estas amenazas de reacción a que parecen brindar ayuda las complacencias del poder político, un hombre de gran cultura, de grandes energías morales y de una visión clara de las cosas, hace un llamamiento a un grupo de amigos, les advierte del peligro, les muestra las lecciones de la Historia, les señala las más provechosas orientaciones en materia de conciencia social, y merced a la clarividencia de su espíritu, a la firmeza de su voluntad, y a la potencia de sus ideales, logra fundar el Club de Librepensadores, a la sombra del cual surge LA CONCIENCIA LIBRE, y luego la Asociación de Libres Pensadores de Puerto Rico; y se organiza un nuevo movimiento de protesta, de lucha, de redención social. No importan los obstáculos, ni la enemiga del ambiente, ni la debilidad de algunos librepensadores, ni la claudicación de otros.

La obra pensada e impulsada por don José S. Belaval está ahí, en pie, como una fortaleza de dignidad colectiva. El, que fué un carácter íntegro, acaba de desaparecer del escenario de la vida, con pesar hondo y sincero para cuantos le admiramos en sus salvadores empeños y le seguimos en sus generosos propósitos. LA CONCIENCIA LIBRE se yergue en Ponce como un baluarte del librepensamiento. El ideal a que prestó aliento el intsigérrimo compatriota ha echado tan profunda raigambre en el alma popular, que no habrá de desaparecer jamás.

Sólo, pues, nos resta en esta ho-

(Sigue a la página 8.)

Varios Trabajos del Licdo. José S. Belaval, publicados en este Semanario

UNA CARTA

Muy distinguidos Señores:

Su notable carta del 23 actual me ha causado grandísimo placer, porque ella comprueba que, como hemos dicho nosotros, los intelectuales puertorriqueños son ya en la mayor parte librepensadores, y consideran el catolicismo como un obstáculo a nuestro desarrollo intelectual.

El punto concreto sobre que versa su estimada, y que me hacen el honor de consultarme, sintetiza toda nuestra campaña. Los librepensadores sostenemos, 1º: Que es un abuso de la libertad de cultos, que hacen los católicos, paseando aparatosamente por las calles sus procesiones y viáticos. El tratado de París garantiza el libre ejercicio de la religión a todos los habitantes de Puerto Rico, y no a los católicos únicamente; y esta completa libertad religiosa es, con arreglo a la constitución de los Estados Unidos, a los usos y costumbres de aquel país, y a las prácticas de todos los países en que no existe religión privilegiada, incompatible con todo acto de culto externo en la vía pública, que implica una violación del derecho de aquellos que no participen de las creencias allí exteriorizadas; y 2º: que aun en el caso en que, por mera tolerancia de las autoridades se practiquen tales actos de culto en la vía pública, nadie puede ser compelido, ni por coacción física, ni por razones de respeto y cortesía a demostrar sumisión o adhesión a ellos, bien descubriéndose al paso de procesiones o viáticos, o bien haciendo cualquiera

MI OFRENDA

En la Muerte del Licdo. José S. Belaval

(Viene de la página 7.)

ra de dolor para el hogar que ennoblecí con sus virtudes, y de prueba para el pueblo a que ofrecí el ejemplo de su civismo, señalar al noble puertorriqueño como una de las más firmes columnas del progreso de nuestro país y mostrarle como modelo ejemplar de ciudadanos. El, que amó la libertad con los más intensos amores, tiene derecho a ocupar uno de los más honorosos puestos en el corazón de sus paisanos y una de las páginas brillantes de nuestra historia.

Por mi parte aseguro que le recordaré siempre con veneración profunda y con las simpatías que merecen los hombres que, como don Pepe Belaval, unió a la firmeza de su voluntad, una cultura extensa y un temperamento afable y bondadoso como pocos.

Y para su buena compañera y los hijos a que educó en el culto del honor, con el testimonio de mi condolencia, la sinceridad de mis simpatías y de mi afecto.

RAMÓN NEGRÓN FLORES.

Un Documento Histórico

Como un recuerdo de la organización del movimiento librepensador en Puerto Rico, iniciado por el Lcdö. Belaval, reproducimos aquí la notable circular, por él redactada, y que suscribieron con él, connotados librepensadores del país, que actuaron solidariamente en el desarrollo del ideal del libre pensamiento.

He aquí la Circular de abril de 1909:

Señor: Habrá llamado la atención de usted el movimiento reaccionario que viene operándose en nuestro país de algunos años a esta parte. Las gentes preocupadas en sus negocios y en sus intereses, o arrastradas por la corriente de las luchas políticas, y tratando de imponer sus apasionadas opiniones, parecen no darse cuenta de la acción lenta y avasalladora de dogmatismos y privilegios que con razón esperábamos hubieran desaparecido ya para siempre.

No vamos ahora a estudiar las causas de esta reacción, sino a acusar su existencia y llamar hacia ella la atención de todos los hombres de buena voluntad. Lo que ocurre en Puerto Rico, y especialmente en Ponce, es un espectáculo que indigna y entristece. Por una interpretación errónea del Artículo X del Tratado de París, dada por un Attorney General que en mala hora pensó halagar con ella los sentimientos del pueblo puertorriqueño, se permitió a los católicos la celebración de actos externos de su culto en la vía pública. Tímida y dudosamente primero, como tanteando la paciencia y sufrimiento de los no católicos; franca y abiertamente después, y hoy en la forma más despótica y abrumadora, los católicos practican en las calles de esta ciudad y en otras de la isla todos los actos de su culto. Procesiones y viáticos ostentadamente recorren la vía pública custodiados por la policía y a los acordes de la marcha real española, entre detonaciones ensordecedoras y el molesto repiquetear de las campanas, y el clero católico, confiado en la indiferencia de unos, alentado por las hipócritas contemplaciones de otros que no quieren meterse con la religión, engréido y soberbio ya por sus triunfos, hace alardes enfáticos de la más provocadora intolerancia.

Conocidos son los recientes sucesos ocurridos en Ponce en las procesiones de Semana Santa y la llamada del "buen pastor", en que uno de los sacerdotes que dirigen las con-

(Sigue a la página 9.)

NOTA PERSONAL

El Director de este semanario, a nombre propio y de toda su familia, tiene el honor de hacer constar en estas líneas la gratitud que debe a los numerosos amigos que por medio de telegramas, y cartas, y pésames personales, han demostrado su condolencia, en la muerte de su señor padre. Da, a un tiempo, las gracias, por esta manifestación de duelo, y se excusa, muy agradecido, al no contestar de modo individual a los que de ese modo han demostrado su amistad y cortesía en tan dolorosos momentos para todos los familiares del fenecido. Gracias y agradecimiento para todos.

Ponce, Enero 1 de 1918.

otra manifestación contraria a las propias creencias.

En este particular, que considero interesantísimo, y mientras subsista en Puerto Rico esa inexplicable corruptela del Tratado de París a que se agarra astutamente el clero católico para imponer su culto a todos los disidentes, nuestra regla de conducta ha de ser ésta: Ningún acto de provocación, ningún acto de sumisión por nuestra parte. Ir premeditadamente en busca de una procesión o un viático para interrumpirlos o desordenarlos me parece una desviación de los principios de tolerancia, que inspiran nuestra propaganda. Pero descubrirse o prosternarse un libre pensador ante una procesión o un viático, que al paso encuentra casualmente, por razones de una mal entendida cortesía o de un equivocado concepto del respeto a las creencias de los demás, me parece una debilidad, una abdicación injustificada en estos tiempos de absoluta libertad religiosa. Además, esas muestras de veneración, que hipócritamente el clero católico y los clericales reclaman como un tributo de nuestra cortesía serían para los mismos católicos de una significación contraproducente, pues les atribuiría un estado tal de fanatismo y de tolerancia que les hace insufribles las aptitudes o afirmaciones contrarias a sus creencias, y traería a tela de juicio su capacidad para el ejercicio de esa misma libertad religiosa que ellos invocan, y es ilusoria mientras no se funde en la mútua tolerancia de ellos, de nosotros y de todos.

El libre pensamiento supone un modo de ecuanimidad, un estado de conciencia perfectamente equilibrada, y despejada de todo prejuicio religioso, que se avienen muy mal con la intolerancia o con el respetuoso acatamiento por las manifestaciones aparatosas del culto católico. Para nosotros las personas que se prosternan ante una oblea de pan ácimo afirmando y creyendo que ella es sustancialmente Dios, es decir, el supremo concepto, el prototipo de la Inteligencia, de la Justicia y de la Belleza en lo Eterno e Infinito, la idea más sublime que la razón ha alcanzado, son simplemente conciencias empañadas, inteligencias borrosas cuyas creencias podremos considerar con bondadosa indulgencia a las veces, pero en todo caso, con la más absoluta indiferencia. Más, detrás de los sencillos creyentes está el Cura, el sacerdote, que convierte aquellas creencias un medio de dominación, de explotación y de influjo, y siente atacado su poder por nuestras negaciones y detrás de los creyentes y del Cura está el hipócrita, el cínico descreído y asociado al Cura en la explotación de la fé, que hace granjería de su conciencia, que no vé en la religión más que uno de tantos negocios en que el más avisado despluma al más tonto. Pues bien; cuanalgún sacerdote llegara a olvidarse

Varios Trabajos del Licdo. José S. Belaval, publicados en este Semanario

del respeto que debe a la santidad de nuestra conciencia, y fanático o provocador, tratase de imponernos manifestaciones de sumisión, y aún de adoración hacia su Dios en especie, o sus santos en que no creemos, incurriría en una verdadera agresión contra nosotros, que podemos y debemos repeler en la forma que se repele toda agresión injusta. Por lo demás la policía las autoridades, los tribunales harían arrepentir a los fanáticos de cualquiera acción brutal a que sus fanatismos les arrastrase.

En cuanto a la indicación que me hacen de acudir ustedes a la Asamblea Legislativa en solicitud de una Ley que ponga término a esa anomalía que permite a los católicos practicar en la vía pública, los actos de su culto introduciendo a su favor un privilegio que perturba nuestro estado actual de derecho y subvierte los buenos principios de libertad religiosa, es proyecto que acaricio hace tiempo. Contamos hoy con poderosos cooperadores en la Cámara, y solo desconfío de que se interpongan razones de conveniencia política para desecharlo.

Por esta consideración me inclino más bien a continuar la propaganda contra los actos religiosos en la vía pública, propaganda que debemos hacer no solo por escrito y de palabra sino con nuestros hechos y actitudes, para en una próxima legislatura acudir a la Asamblea todos los librepensadores reclamando la ley que los prohibiese, no solo por nuestra razón, sino por el número de nuestros adherentes.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerles el testimonio de mi más distinguida y afectuosa consideración.

JOSÉ S. BELAVAL.

Sres. Federico Font Carreras,
Miguel Landrón López y José
Pastor Robles.

San Juan, P. R., Enero 27 de 1910.

LA CRISIS RELIGIOSA EN FRANCIA

Las naciones latinas continúan, al comenzar el siglo XX, la lucha que la filosofía emprendió contra el clericalismo en el siglo XVIII y que tanto contribuyó a agravar aquella terrible explosión de las ideas acumuladas desde el Renacimiento y la Reforma, aquella espantosa revancha de todos los dolores que la intolerancia religiosa y el despotismo monárquico habían hecho sufrir a la humanidad, y que se conoce en la historia con el nombre de Revolución francesa.

En las tres grandes naciones latinas—puesto que Portugal corre unido a España—el movimiento ha tenido carácter e intensidad distintos. España ha sido, y es aún, la presa infeliz del catolicismo. En esa desgraciada nación el libre pensamiento es como un lujo intelectual, que

Un Documento Histórico

(Viene de la página 8.)

ciencias de los católicos ponceños ha pretendido obligar a transeuntes indiferentes, a descubrirse ante sus imágenes o el símbolo eucarístico que portaban, profiriendo frases gravemente injuriosas contra los que en uso de su legítimo derecho se negaban a dejarse imponer un acto de culto en que no creían.

Y, sin embargo, ninguna voz de autorizada protesta se ha levantado contra una violación tan patente de la libertad religiosa, y tanto desconocimiento de los más elementales principios de tolerancia. La prensa misma ha dado la noticia de lo ocurrido como si pasara sobre ascuas, sin añadir el más ligero comentario.

Tal es el triste, vergonzoso estado en que ha venido a parar en nuestras impotentes manos la libertad religiosa, que tantos torrentes de sangre ha costado a las naciones de Europa, directoras del progreso humano y que a nosotros nos trajeron un día los soldados de Miles.

Pero ¿existen en Puerto Rico conciencias libres, hombres exentos de preocupaciones en número bastante para contrarrestar ese movimiento de reacción en favor del predominio absoluto del catolicismo, que, sea cualquiera el número de sus adeptos, es sólo una secta religiosa como las demás?

Esto es lo que tratamos de averiguar por medio de la presente. Hacemos un llamamiento sincero y honrado a todos los libres pensadores, cualesquiera que sean sus creencias o sus negaciones en materia religiosa; acudimos a las conciencias sin prejuicios, a los espíritus exentos de imposiciones dogmáticas, que buscan libremente la verdad, por amor a la verdad, y que hacen de la tolerancia y el respeto de la conciencia y del derecho ajenos una norma invariable de conducta en sus relaciones con los demás. Poco nos importa su número: un grupo de pensadores libres, unidos y firmes en la convicción de su derecho basta para levantar una protesta contra el fanatismo embrutecedor, y mantener erguido y muy alto el estandarte glorioso de la tolerancia.

José S. Belaval, Justo Rivera, Francisco Barnés Plaja, Dr. José Vidal Vilaret, Horacio S. Belaval, José Tous Soto, Dr. Germánico S. Belaval, Baltolomé Esteva, Luis Yordán Dávila, Luis Casals, Gustavo Rodríguez, Carlos Esteva, E. Astol, Doctor Luis Aguerreverre, Ermelindo Salazar, Dr. U. S. Córdova, X. Mariani, C. Storer, J. M. Lago, Félix Matos Bernier, Nemesio R. Canales, Pedro Fournier, Robert Miller, R. D. Coe, Francisco Parra, R. Sánchez Montalvo, Augusto Gautier, Francisco I. Arjona, J. N. Torruella, José Llorens Echevarría, Luis Porrata Doria.

no ha logrado penetrar aún en la masa popular. Sólo en alguna provincia, como Barcelona, la emancipación de la influencia clerical ha comenzado a ser una necesidad del pueblo; y aún allí, va el librepensamiento confundido con la anarquía social. Los gobiernos llamados liberales, apenas se atreven a iniciar alguna reforma caen empujados por la reacción clerical, alentada por la aristocracia y aun por gran parte de la clase media, que ve en el catolicismo la característica de la monarquía.

En Italia el movimiento se realiza en sentido contrario al de España: la patria y la monarquía se

han formado allí a expensas de la Iglesia. Para unificar la patria italiana ha sido preciso borrar de la Historia de la Roma papal, y colocar la cruz blanca de la dinastía de Saboya sobre la tiara de los Pontífices; pero esa revolución ha sido exclusivamente política, y ha transformado las instituciones más que la conciencia del pueblo italiano. Este es anticlerical, antipapal como el pueblo francés es anti-alemán; pero el italiano puede haber combatido al lado de Garibaldi; puede haber entrado en Roma por la famosa brecha y al mismo tiempo llevar sus ofrendas a la Madona o al Santo Bambino por haberle librado

de heridas en la guerra. Despojado de Roma, el papado sigue siendo una institución romana; el jefe universal de la iglesia es un italiano, y los admirables monumentos, las grandes obras de arte que la Roma papal produjo, son todavía hoy gloria y orgullo de la patria que formaron el genio de Cavour, el valor legendario de Garibaldi y la energía y constancia de Víctor Manuel.

No es España, pues, aletargada por el catolicismo; no es Italia donde el papado queda como una rara y artística incrustación en la nacionalidad moderna, el campo que en se librarán las últimas grandes batallas del laicismo contra el clericalismo, de la libertad del pensamiento contra la autoridad del dogma, de la aplicación del método científico contra la influencia religiosa en todos los órdenes sociales y en todas las manifestaciones de la vida; sino Francia, la nación redentora de la conciencia, la nación paladin del pensamiento, donde se realizará el cumplido modelo de la vida láica, del hombre desligado de todo vínculo religioso impuesto por otra autoridad que la de su propia conciencia; el pueblo en que se podrá nacer, vivir, crear una familia y morir sin que se proyecte la negra sombra del cura sobre la cuna, sobre el tálamo y sobre la tumba.

Pero, ¡cuántos sacudimientos, cuantas dolorosas convulsiones ha debido sufrir la nación madre del positivismo en este nuevo alumbamiento de la libertad! ¿Asistirá la generación actual a la última etapa del grandioso movimiento de emancipación iniciado en 1793 por aquel torrente de lágrimas y sangre que regó la Francia y la Europa, y ha fecundado toda la vida moderna? Así nos lo hace esperar la flojedad y desorden del ataque reaccionario en estas últimas trincheras clericales. Ya no se trata de recuperar la dirección política perdida para siempre, ni de la libertad de conciencia, ni de la independencia de la Iglesia: se trata sencillamente de los libros de texto de Historia usados en las escuelas públicas. Ha sido preciso que se levantara la voz de los Obispos, y el falso clamoreo llegara hasta el Vaticano, y fuera alentado por el Papa, para que la atención se fijara un instante, curioseando entre el noticierismo periodístico, en esos últimos estertores del clericalismo moribundo en Francia; y aquel pueblo en que el buen sentido se aplica a todas las cuestiones, y en definitiva las resuelve todas, resolverá este incidente que las declamaciones del episcopado no han podido transformar en una cuestión de conciencia.

El pueblo francés y el mundo civilizado presencian ahora un raro espectáculo. Mientras M. Aristides Briand, el jefe del gobierno, el campeón de la separación de la Iglesia y el Estado y uno de los grandes leaders del radicalismo democrático, pronuncia su admirable discurso,

Varios Trabajos del Licdo. José S. Belaval, publicados en este Semanario

so de Perigueux, proclama la grande, la irresistible necesidad de unión, de concordia y de fraternidad entre todos los franceses, exclamando: "Nosotros somos un gobierno de paz para todos los ciudadanos, nosotros queremos para todos, sin distinción de partidos, libertad, la libertad, a la cual todos tienen derecho para expresar sus opiniones y emancipar su conciencia, y la justicia, sin la cual no hay país feliz, sin la cual no puede existir la República; mientras el poder social pronuncia esas palabras de amor y fraternidad, los Obispos franceses, los que se llaman pastores del rebaño de Cristo, ministros de una religión de caridad y mansedumbre, lanzan el grito de guerra, proclaman la división y la lucha entre los ciudadanos, protestan contra la escuela laica, porque en ella se enseña que Luis XIV sacrificó la Francia por su vanidad, Luis XV por su lujuria y Luis XVI por su imbecilidad; y se explica que el fanatismo de los primeros cristianos, que penetraban en los templos paganos y derribaban los ídolos, fué la causa inicial de las persecuciones de los emperadores romanos.

Por fortuna en esta ocasión, como en otras muchas, el buen juicio del pueblo francés se sobrepondrá a las algaradas clericales. Gritan los obispos que quieren salvar las conciencias de la infancia sin que exhiban los títulos en virtud de los cuales les corresponde a ellos dirigirla: claman que se corrompe la inteligencia de los niños, cuando son ellos quienes la han corrompido y embotado durante largos siglos, amontonando sobre ella los más absurdos e incomprensibles dogmas.

He aquí, pues, el último campo de batalla de la reacción clerical: la escuela laica, la escuela sin dirección religiosa, sin sumisión a dogmas que fatiguen y degraden la conciencia de la infancia; la que en España aparece como nefanda institución, que pagó con su vida Ferrer, triunfará definitivamente en Francia. Tal es el último empeño de la República democrática, y de él saldrá victoriosa y radiante, como la concibe M. Aristides Briand en su discurso, condensando su pensamiento en estas bellas frases: "Así, en el dominio de la libertad y la justicia, queremos gobernar para Francia. El secreto de nuestro esfuerzo será hacer amar la República. Queremos hacer tan agradable vivir en ella, queremos hacerla tan bella, tan generosa y elevarla tan alto sobre los partidos, que sea Francia, toda Francia en la belleza de su pasado y en la esperanza de su porvenir la que resplandezca en ella".

Con hombres como éste, el triunfo de la causa del librepensamiento no es dudoso.

JOSÉ S. BELAVAL.

Enero 2 de 1910

LIQUIDACION GENERAL

«Les pretres ne sont plus ce qu'un vain peuple pense.»

Notre credulité fait toute leur science.

VOLTAIRE.

Los sacerdotes no son lo que el vulgo piensa.

Nuestra credulidad es la que hace su ciencia.

VOLTAIRE.

Se dice comunmente que la gran mayoría de los puertorriqueños, todos casi, son católicos; sin embargo, los hechos demuestran precisamente lo contrario: demuestran que cuatro siglos de imposición del catolicismo no han logrado hacer de nosotros un pueblo creyente, ni siquiera un pueblo fanático. Al liquidar la dominación absoluta del catolicismo sobre la conciencia puertorriqueña, durante esos cuatro siglos, nos encontramos como único saldo de esa liquidación, con una masa de campesinos ignorantes, sin una clara noción de los deberes sociales y, lo que es más notable aún, con un pueblo indiferente en religión.

El cura católico, simple funcionario a sueldo del Estado, viviendo su vida regalona en la casa parroquial, jamás se ha cuidado de ir en busca del campesino a predicarle, a enseñarle, a moralizarle.

No le han pedido otra cosa, sino que bautizara a sus hijos al nacer para inscribirlos así en el padrón general, y sepultara en el cementerio a sus padres al morir, como simple medida de salubridad pública. Sus mujeres han venido algún domingo que otro a la población a oír la misa, en que el cura recitaba sus oraciones en latín, mascullando ante un gran libro frases ininteligibles para todos: esto es lo que llamáis un pueblo católico, que conserva la religión de sus mayores.

Notadlo bien:

Al secularizarse la vida puertorriqueña, nos entregáis ¡oh sacerdotes! un pueblo cuya conciencia está adormecida; y como solo habéis procurado que fuera dócilmente sumiso a los mandatos de la autoridad, habéis hecho de él una multitud indolente que bosteza en la misa y se duerme en el rosario, y para la cual toda vuestra decantada religiosidad, todo el caudal de creencias que en ella habéis depositado, se reduce a algunas prácticas puramente mecánicas, que ejecuta como los movimientos de un autómatas.

Esta es la masa que nos habéis entregado, blanda, indecisa, indiferente: bien está; así la aceptamos, así la recibiremos de vuestras manos; pero no pretendáis continuar más tiempo vuestra obra de sumisión, de degradación, de embrutecimiento. No olvideis que este pueblo necesita ya sustituir vuestra monserga de latines por un

cuerpo de verdades demostradas. ¡Apartaos, echaos atrás, sacerdotes!: vuestra obra funesta ha concluido, y va empezar nuestra obra fecunda y salvadora. Dejadnos trabajar, trabajar en paz para remediar todo el mal que habéis hecho. Por fortuna, vuestra opresión de cuatro siglos no ha podido destruir la hermosa índole de aquél ni su inteligencia franca y abierta; como se oculta la semilla bajo la nieve del invierno, se hallan en su alma las bellas cualidades que pueden salvarle y que al soplo de la libertad lo transformarán en un pueblo libre, consciente, ilustrado.

Es inútil, sacerdotes, que tratéis ahora de galvanizar una conciencia que no supisteis cultivar, fortalecer, levantar. En vano, abusando de la tolerancia de una sociedad ya libre, pasearéis por las calles, ante nuestra mirada compasiva, vuestras aparatosas procesiones: la muchedumbre que sigue tras ellas es la misma que correrá después detrás del hombre-Dios: á ese estado la habéis conducido. Solo en fuerza de la costumbre os soporta la sociedad actual; las generaciones venideras se encojerán de hombros ante vuestras paradas de relumbrón.

Vuestra liquidación general está ya terminada en el mundo.

Francia, la nación de las grandes iniciativas revolucionarias, ha liquidado definitivamente vuestra cuenta; y a pesar de haber recobrado los cuantiosos bienes que habíais acumulado en veinte siglos de explotación, y de haberos lanzado de las escuelas, y de haber limpiado de conventos y congregaciones aquella tierra sagrada de la Revolución, aún queda contra vosotros una deuda enorme de lágrimas y sangre. El pensamiento se ha libertado de vosotros ha largo tiempo en Alemania e Inglaterra, y en los Estados Unidos mismos, en aquel pueblo que, ocupado en su portentoso desarrollo industrial, no había tenido tiempo de razonar su fe, y dejaba reposar su conciencia sobre el Evangelio, salmodiando los versículos de San Lucas o San Juan entre el martilleo atronador de las fábricas y el resoplido estrepitoso de las calderas. En los Estados Unidos mismos, las Universidades os presentan franca la batalla declarando que todas las tribulaciones, odios, guerras y crímenes que han assolado el mundo, tienen por fundamento la ignorancia mantenida por la Iglesia católica; que la historia de la iglesia no es otra cosa que la narración de los esfuerzos que ella ha realizado para extrangular el pensamiento libre, y que, desaparecida ésta, adelantaremos en armonía y felicidad. España, la Meca inexpugnable del catolicismo, se extremece ya con horribles convulsiones, y entre las ideas que confusamente se dibujan en la conciencia de su pueblo hace de la revolución sinónimo de destrucción de iglesias y de conventos. Las is-

las Filipinas, en fin, aquellas Filipinas que criásteis a los pechos de vuestros frailes para recreo perpetuo del fanatismo y asilo constante de la ignorancia, las Filipinas os ha vomitado, comprando en siete millones de dollars la redención de la tierra que os habéis apropiado.

¡Ah! es que el mundo marcha hacia adelante, y necesariamente ha de chocar contra vosotros que permanecéis estacionarios sobre vuestros dogmas petrificados.

Reconocedlo, sacerdotes: vuestro tiempo ha expirado; hemos llegado a nuestra mayoría de edad, y no necesitamos de tutores representantes del poder divino. De la religión con que nos habéis dominado, la fé ha muerto, la esperanza es ilusoria y solo sobrevivirá eternamente la caridad.

No confiamos ya para nuestra salud y bienaventuranza en la gracia de Jesucristo ni en los milagros de la Virgen, sino en la virtud del trabajo que nos dignifica, la razón que nos explica y demuestra, del cumplimiento del deber que nos engrandece y de la abnegación y el sacrificio que nos santifican. Habéis pasado como una mala pesadilla por la conciencia de la humanidad, y la razón humana al fin os ha arrojado para siempre de la conciencia. Aplicándoos la frase de Augusto Comte, os diremos que ha llegado el momento de acompañaros hasta dejaros a bordo y despediros regocijadamente, dándoos las gracias por vuestros servicios profesionales.

JOSÉ S. BELAVAL.

Diciembre 3, 1909.

LA ROCA DE LOS TIEMPOS

Los días en que se publica el periódico católico *Borinquen*, son días de regocijo para los librepensadores; y el número correspondiente al mes de Febrero es de los que mayor satisfacción nos han causado. Notamos, en primer lugar, que el periódico toma un carácter laico, y que su artículo de fondo está escrito por un notable ingeniero, que estampa su firma al pie: Don José A Canals.

En hora buena: ya nos cansaba el anónimo; es bien fastidioso no saber con que clase de gente se está tratando, y tener que seguir una discusión con una sotana y un bonete colgados en la punta de un de un palo.

El señor Canals es de los que él llama católico a remacha martillo; y sin embargo, en el artículo, su claro talento, su buen sentido, sobrenadan y se derraman del estrecho vaso de su sectarismo. Según el articulista declara *ex abundantia cordis*, los católicos están en Puerto Rico como la nata sobre la leche, y nada tienen que pedir a la política; porque la política, rastreando y adulando siempre las influencias

Varios Trabajos del Licdo. José S. Belaval, publicados en este Semanario

que actúan sobre las masas ignorantes, adula y mima a la Iglesia católica, que todavía mueve y arrastra en nuestro país desde la mojigatería elegante de una gran parte de nuestras damas hasta las hordas mal olientes del hermano Ché. Así, mientras otros pueblos en las avanzadas del progreso van arrancando a la Iglesia católica pedazo a pedazo el rico botín amontonado en quince siglos de opresión de la conciencia y explotación de los oprimidos, los políticos salen al encuentro del clero católico, y les abren las arcas del pueblo para comprar su benevolencia, y aún su ayuda, en las luchas electorales. Así, mientras en Filipinas se gastan siete millones de dollars en arrancar de cuajo a los frailes, aquí los estamos introduciendo de balde y en tropel.

Por estas consideraciones el articulista combaté muy juiciosamente la idea del Padre Castaing de fundar un partido católico en Puerto Rico y como no hay sermón sin San Agustín, el señor Canals al amonestar al Padre Castaing, oficiando en sustitución del Obispo de la Diócesis, con perfecto conocimiento de la holgada situación que aquí disfruta la Iglesia sienta la necesidad de dedicar algunas boberías a los librepensadores, de esas que siempre hacen buen efecto en sacristías y beaterios; y bajo el guante de cabritilla del razonador, deja asomar las uñas mal recortadas del sectario.

En mal hora se desvía el ilustrado ingeniero de la buena senda que se trazó, pues al tocar a los librepensadores él mismo se enreda y se contradice lastimosamente.

El señor Canals no toma "demasiado en serio" a los librepensadores, y en esto hace muy bien, porque es imposible que los católicos disciplinados seriamente el librepensamiento. Y como él dice que los de Ponce con el señor Nemesio Canals se han distinguido por el cinismo y befa con que escarnecen los sentimientos y creencias de los cristianos, resulta que en esto de no tomarnos en serio mutuamente todavía les llevamos nosotros alguna ventaja; y además acusa en nosotros un gran progreso en nuestras costumbres, que debe abonarnos en cuenta, si en vez de degollarnos santamente, como católicos y albigenses, o achicharrarnos en la plaza pública, nos reimos homéricamente los unos de los otros.

Sin embargo, no serán tan endebles nuestros cañoncitos ni tan inexpugnable el castillo de la Iglesia como el señor Canals supone, cuando él mismo reconoce que estas malandanzas políticas en que se ha metido el Padre Castaing traen origen "de la gran confusión de ideas" en que hemos logrado envolver a los católicos; y otro articulista de *Borinquen* declara que el señor Mariano Abril se ha pasado, "bag and baggage" a las filas del

señor Belaval, ignorando el citado articulista que el distinguido redactor de "La Democracia" no ha necesitado pasarse a nuestras filas, lo que hubiera sido una valiosísima adquisición, sino que hace ya mucho tiempo, que por su talento e ilustración, tiene plantada su tienda fielmente en el anchísimo campo del libre pensamiento, donde no se reconocen ni acatan autoridades, donde cada cual es el Sumo Pontífice de su propia conciencia.

El señor Canals no cree que los católicos deban alarmarse "más de lo necesario" por nuestra propaganda, y como el reputado ingeniero no es hombre que escriba las palabras por sonsonete, deducimos que estima "necesario alarmarse", aunque no demasiado. Y al llegar aquí se embrolla de tal modo que no nos ha sido posible entenderle. Dice que los librepensadores de Ponce son "unos señores hijos de familias católicas" a quienes parecen haber apartado de la santa senda que sus católicos papás les trazaran "los enemigos declarados de toda religión", con quienes los susodichos hijos de familia han creído conveniente ligarse en su vano esfuerzo de insultar la fe de sus antepasados.

Es de esperar que el señor Canals no explicará lo que ha querido decir en esta definición de los librepensadores de Ponce. Muy grande debe de ser la confusión en que están envueltos los católicos, cuando persona de tan claro talento nos presenta ese acertijo. Si los librepensadores de Ponce son unos inocentes hijos de familia ¿quiénes son entonces, mi querido señor Canals, esos "enemigos declarados de toda religión con quienes aquellos hijos se han ligado" en su vano esfuerzo de insultar la fe de sus antepasados?

Mientras el señor Canals nos aclara esto que no hemos entendido, sin duda por cortedad de nuestra inteligencia, le pondremos en el secreto, que él parece ignorar, de la manera cómo lograremos volar "La Roca de los Tiempos", como él llama a la Iglesia Católica. Pues bien, señor Canals, está ya perfectamente averiguado que esa famosa Roca, en que usted tanto fía, está asentada sobre una base de arena movediza, mezcla de ignorancia y de credulidad, y apuntalada por los grandes intereses que viven a su sombra y las tradiciones de familia a que usted se muestra tan apegado, y que lejos de ser inmovibles como usted presume, viene rodando desde las alturas a que la llevó Inocencio III hasta los bajos fondos que hoy está tocando, en las impotentes manos del bueno de Pio X, unas veces removida fuertemente por esos gigantes del pensamiento que se llaman Galileo, Lutero, Voltaire, Laplace, Darwin, Renan; otras violentamente volcadas por esos gigantes de la acción que se llaman Víctor Manuel y Garibaldi, y otras derivando lenta-

mente arrastradas por las corrientes del progreso humano. Cuando los librepensadores, no los de Ponce solos, sino los del mundo entero, socavándola conscientemente, tenazmente, un día y otro día, huyamos destruido la ignorancia y la credulidad en que ella descansa; cuando hayamos arrojado sobre la oscura Roca todos los potentes focos de la Ciencia para que lo mismo los de abajo que los de arriba vean y reconozcan a su radiante luz cuantas deformidades, cuantas escabrosidades ocultaba aquella entre las sombras de la fe que la rodeaban, entonces la Roca de los Tiempos, la sombría y espantosa Roca, caerá por sí misma, por su propia pesadumbre, para hundirse en los grandes abismos de la Historia, donde han caído ya la esclavitud, la tiranía, donde han de caer todas las instituciones que han oprimido y degradado a la humanidad.

Bien puede el señor Canals no tomar en serio a los librepensadores de Ponce: *Rira bien, qui rira le dernier*. Veremos quien será el último que ría.

JOSÉ S. BELAVAL.

Marzo 6 de 1910.

NUESTRO PROBLEMA RELIGIOSO

No quisiera tratar del lamentable suceso ocurrido a las puertas del cementerio de Ponce, con ocasión del entierro de nuestro amigo don Augusto Pasarell; pero lo sucedido allí es un síntoma revelador, una manifestación evidente de la crisis religiosa porque está atravesando nuestra sociedad, sin que la mayor parte de ella se dé cuenta exacta del desequilibrio de nuestra conciencia; y solo por esa consideración he de mentar el desagradable incidente.

Estamos echando el vino nuevo en odre viejo. El catolicismo ha tenido largos años absolutamente sometida la conciencia puertorriqueña. Ha regido durante cuatro siglos todas las manifestaciones de nuestra vida social, y le hemos pertenecido desde la cuna hasta la tumba. Nada podía hacerse sin el auxilio de la religión; aún para testar válidamente era precisa la protesta de nuestra fe católica. Pero en los últimos tiempos las inteligencias cultivadas habían ido poco a poco emancipándose de los dogmas de la iglesia; por regla general las clases inteligentes, un gran número de personas ilustradas no creía ya en las enseñanzas católicas, que, sin embargo, continuaban dominando en todos los órdenes sociales. El imperio de las leyes y de las costumbres sobreponiéndose a los dictados de nuestra conciencia individual; la familia y la comunidad civil gobernadas por el catolicismo, en que la mayoría de los hombres

no creíamos ya; la madre, la esposa, la hija profesando los dogmas que eran objeto de indiferencia o burla para el padre o el esposo, este conflicto, en fin, que pudo determinar una gran perturbación, quizás útil, nos trajo por el contrario un funesto vicio que se ha infiltrado en toda nuestra vida social: la hipocresía. El hombre que tuvo energía para libertar su conciencia de las imposiciones del dogma, no la tuvo para luchar contra las costumbres que ese dogmatismo nos había impuesto. Vió que las ceremonias de la Iglesia eran formulas vacías, y siguió, sin embargo, sometiéndose a esas fórmulas únicamente para continuar los usos establecidos. Negando la eficacia del bautismo, bautizó a su hijo para no contrariar a su mujer o a su suegra; abominando de la inmoralidad de la confesión se encoge de hombros cuando su esposa o su hija, arrodilladas a los pies del sacerdote, le descubre sus más recónditos pensamientos.

De ahí esta vida a doble fase que llevamos, de ahí esos masones, espiritistas, librepensadores que continúan viviendo católicamente en apariencia, inculcando a los suyos o permitiendo que se les inculquen como verdades, dogmas y revelaciones que los padres consideran como mentiras, bautizando a sus hijos, casando a sus hijas, enterrando a su familiares bajo la dirección e intervención absoluta del cura a quien en el fondo detestan o desprecian como un explotador de la ignorancia. Y cuando el cura se muestra agresivo y dominante, cuando quiere ejercer su predominio absoluto ¿con qué derecho podrían quejarse de la agresión los que han contribuido con su indiferencia o su pasividad a mantener ese predominio, los que han influido para conservar a su familia sujeta a la Iglesia por respetos a la costumbre o al buen parecer?

Pero, hay en esta desagradable ocurrencia otro aspecto, que se presta a más serias consideraciones, y es la notable diferencia que existe entre la cultura intelectual a que hoy ha llegado nuestra sociedad, y la escasa cultura de la mayor parte de los sacerdotes católicos que pretenden dirigirla. Nos hemos esforzado por educar a nuestra mujer: colegios, viajes, lecturas, todo contribuye a elevar el nivel de su inteligencia; y, sin embargo, el nivel intelectual del cura, a quien entregamos la dirección de la conciencia de esa nuestra bella mitad, permanece tan bajo como lo estaba antes, o quizás ha descendido más aún.

Hay en esto un fenómeno local y de nuestro tiempo que complica en gran manera nuestro problema religioso. Se repite y decanta hipócritamente que somos un pueblo católico; y, sin embargo, en todas nuestras clases sociales se observa una repugnancia invencible hacia

Algunos Trabajos Políticos del Licdo. José S. Belaval

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA UNIÓN PUERTORRIQUEÑA

el clero y una resistencia tenaz contra el estado eclesiástico. Ved las familias de nuestras clases acomodadas, que aparecen como fieles a la Iglesia católica; dirigios a esas madres que no faltan a la misa, comen de vigilia en la cuaresma y hasta se confiesan y comulgan, proponedles que inclinen al hijo o hijos varones a entrar en el estado eclesiástico: ya veréis que la religiosa señora se revuelve airada contra vosotros como si trataráis de que se rebajase o desmereciese el hijo de sus entrañas. Ella aspira a darle una profesión liberal, hacerlo comerciante, artista tal vez... todo, menos cura. Y sí, por artes misteriosas, el muchacho se inclinase a la Iglesia, veríais a la familia católica agotar todos los recursos para disuadirle de tan extravagante pretensión. Puerto Rico, pues, no produce curas, o por lo menos, su producción es tan escasa que dista mucho de cubrir la demanda parroquial. De aquí la necesidad de acudir a la importación para llenar los huecos; pero como el cura ha de hablar español, el mercado de los Estados Unidos está casi cerrado para nosotros, a no ser que el cura americano traiga ya una preparación especial o haya pasado por la atmósfera mal sana de Filipinas. No queda para surtirnos de directores espirituales más que España, la noble y desgraciada nación que tiene el triste privilegio de ser un semillero inagotable de curas. De España, pues, hemos de importar curas y aún frailes, con lo que se da en Puerto Rico el gran contrasentido social de que, llamándose un país católico, no suministre su catolicismo clero nativo bastante para su consumo, quedando por ello la conciencia de la mujer puertorriqueña, única ya, un tanto sujeta al influjo clerical, bajo la dirección dominadora de sacerdotes extraños.

Y como el cura español por cuyas venas corre siempre alguna gota de sangre de Torquemada, es por lo general ignorante y fanático, resulta un divorcio patente, una contradicción chocante entre nuestra cultura intelectual y la ignorancia y fanatismo de los que han de dirigir la conciencia de nuestras madres, de nuestras mujeres, y de nuestros hijos. Y aún hemos de alegrarnos de su tosquedad, no sea que vayamos a dar en el tipo peor, el del cura truchimán y travieso que ha recorrido ya a saltos de matas varias repúblicas Sur Americanas.

Tal es el triste estado de nuestra religiosidad católica. Para neutralizar tan perniciosas influencias no queda más que un remedio: la lucha franca y abierta que hemos proclamado contra el clericalismo. Si continuamos por esa senda de hipocresía y mentiras convencionales, si seguimos llamándonos libre pensadores y abandonando a nuestras mujeres a la dominación de sacerdotes ignorantes y fanáticos, será imposible romper los viejos odres en que nuestro vino nuevo se tuerce y se pierde. Mientras los masones, los espiritistas, los librepensadores todos, continúen bautizando sus hijos en la iglesia, casando

Se ha hablado de unión y concordia entre los puertorriqueños; de altas esferas oficiales han venido palabras de paz, y un orador político, el señor Matienzo, ha hecho de esta fraternal unión ancha base de piedra para edificar su iglesia. Pero de tal modo es la antítesis la más poderosa manifestación de nuestro entendimiento, que, a pesar de combinaciones y cálculos, aún sobre la tendencia y alcance de estas mismas ideas de unión y concordia andamos desunidos y discordes ahora.

Loable propósito es el de propagar ideas tan hermosas; honrado y patriótico hablar de comunión de principios, de apartamiento de internas divisiones, de aunar voluntades y atenuar diferencias para la solución de las grandes cuestiones que al país afectan; pero hemos de convenir, predicadores y oyentes, que esa uniformidad de pensamientos, ese unísono diapason para todas las inteligencias, es la más halagadora e inocente de las utopías.

Precisamente corre el espíritu moderno por opuestos caminos; y la contradicción, la variedad y la oposición surgen de modo espontáneo e incoercible en las múltiples manifestaciones del pensamiento.

Claro está que, a los que predicaban la necesidad de la unión entre los puertorriqueños, no pueden ocultarse las sencillas consideraciones que acabo de indicar, y que presentarán semejante idea ante la multitud por considerarla más simple y comprensible; si bien interpretándola en sentido superior y amplio, y sin que traten por esto de inducirnos a una comunidad de pensamientos, a una conformidad de opiniones, que no habra de ocurrirse a inteligencias de tanta claridad y perspicacia.

Porque ¿quién ha de ser tan iluso que pretenda que los puertorriqueños piensen, sientan y se interesen de igual modo en todas las cuestiones? ¿Quién puede imaginar que reine entre nosotros una

sus hijas ante el cura y enterrando a sus familiares con pompas religiosas, los sucesos como el del entierro del señor Pasarell ocurrirán siempre. Mientras no acotemos la Iglesia, mientras no encerremos al clero en el círculo en que debe vivir, mientras no emancipemos nuestra existencia toda de esas arcaicas formas religiosas, mientras no vivamos laicamente y laicas sean todas las manifestaciones de nuestra vida social, el librepensamiento será una palabra sonora y vana y se perpetuará sobre nosotros ese predominio del clero, que durante tantos años nos ha abrumado y embrutecido.

JOSÉ S. BELAVAL.

imposible uniformidad de opiniones, y que cada cual mida con igual rasero, y considere de igual manera las instituciones, los hombres y las cosas? Un pueblo en que el pensamiento común se determinara con monótona regularidad, que tuviera una inalterable unidad de creencias, que sintiera con igual intensidad un solo afecto, sería seguramente un pueblo inverosímil, una aberración social.

No supongamos, pues, que, se encaminen por tan extraviados senderos las admoniciones del señor Matienzo; yo entiendo que su rumbo debe fijarse en mas seguro norte. Ciertamente el apasionado encono y la intemperante expresión con que nuestras particulares y contradictorias determinaciones se manifiestan, es un espectáculo propio para inspirar tristeza a todo aquél que por nuestro país se interese; y no es extraño que, por una reacción natural de nuestro espíritu, ese espectáculo de discordia, lucha y desunión provoque los sentimientos opuestos de paz y concordia y con ellos se encariñe nuestro afecto sin examinarlos ni discutirlos.

El señor Matienzo Cintrón es un agitador de ideas, un propagandista por temperamento y convicción; pero, en la propaganda, las ideas se presentan en grandes proyecciones, de contornos vagos e indecisos, que se extienden hasta tocar los linderos del sentimiento, y confúndense a veces con ellos. El exámen, la discusión, la crítica deben reducir las a sus naturales proporciones, y aquilatar su valor exacto. Así, estas ideas de unión y concordia, si han de ser algo mas que bellas frases, que halaguen lisonjeras los oídos para perderse sin eco en el espacio, deben resumirse en un principio superior y sintético, que, si no tiene la gárrula sonoridad de aquellas, es de más duradera y general eficacia. Y este principio fundamental de toda sociedad moderna, en que la unión y la discusión, la diversidad y la unidad consisten, en que todas las discordias se conciertan, es un principio tan universal como simple; la Tolerancia.

He aquí la clave de la vida de los pueblos libres, el gran secreto de su bienestar. La tolerancia es el ambiente en que la libertad vive y se desarrolla lozana y robusta. Esta hermosa virtud, la más sencilla y modesta de todas, es la que ha traído mayor suma de felicidad a las naciones libres. Es inútil hablar de concordia y unión mientras no se las haga derivar de su origen legítimo. La unión y la concordia no son más que efectos de la tolerancia, causa eficiente de todo orden social fundado en el ejercicio pacífico del Derecho. En el

fecundo y opulento sero de esta Diosa tutelar de la conciencia pueden nutrirse todas las aspiraciones, todos los ideales y creencias. Sin la tolerancia no se concibe la vida de los pueblos libres. Los grandes sacrificios y las luchas de las generaciones pasadas: toda esa dolorosa gestación de la libertad en la historia moderna, no serían más que convulsiones infructuosas, estremecimientos inútiles, si los salvadores principios que han traído al mundo, en su continua variedad y contradicción, no se equilibraran y coexistieran en el campo infinito de la tolerancia.

La lucha perseverante y tenaz y el empuje arrollador del sufragio popular en Inglaterra, estrechando y limitando la Monarquía, desmembrando una por una de las apretadas haces del poder real todas las libertades conquistadas por el pueblo inglés, desde la Carta Magna, arrancada a Juan Sin Tierra, hasta la libertad del pensamiento comprada a Guillermo de Orange; la emancipación de la conciencia por el Protestantismo en Alemania y Holanda; el movimiento filosófico y revolucionario en Francia por la igualdad ante el Derecho; cuanto ha agitado la conciencia y el pensamiento de la humanidad en los últimos siglos no se hubiera conciliado en Europa y maridado en la Gran República Americana, si ese desposorio del Derecho con la Democracia en América no hubiese sido santificado por la Tolerancia, comunicándole su fecundidad y vitalidad asombrosas.

Mucho se ha discutido comparando las aptitudes de los pueblos sajones y latinos para el Gobierno y la vida de la libertad; pero la radical diferencia que a cada raza ha distinguido en el transcurso de ese hermoso movimiento, que ha transformado el despotismo de las viejas monarquías en las libres instituciones de Europa y América es el espíritu de tolerancia, y el sentido práctico que ha hecho a Inglaterra revolucionaria en el fondo y conservadora en la forma, en tanto que Francia y sus hermanas latinas cambian a menudo las formas, conservando íntegro el fondo de sus instituciones.

A esta radical diferencia en el procedimiento revolucionario, se añade otra no menos esencial, en cuanto a la distinta manera de considerar la libertad en unos y otros pueblos. Para los sajones, la libertad es la dulce e inseparable compañera de toda la vida; es la amada y tranquila esposa sentada a la derecha del hogar, que ha compartido toda la existencia, los juegos de la niñez, las aspiraciones de la juventud, los afanes y el trabajo de la edad madura; vivir sin ella les sería tan imposible como vivir sin aire y sin calor. Para los pueblos latinos la libertad es la vírgen fugaz que la fantasía ha idealizado. La hemos visto siempre como la

Algunos Trabajos Políticos del Licdo. José S. Belaval

hermosa aparición del Apocalipsis, vestida del sol, con la luna debajo de sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas. La hemos pintado con los colores más brillantes de la paleta, y cantado en todos los tonos de la lírica; hemos roto cien lanzas con los caballeros que no la declarasen la más hermosa de las Dulcineas; la hemos deseado con los ardientes anhelos de la pasión, antes de poseerla, y la hemos hecho sufrir todos los ultrajes de la brutalidad y todas las prostituciones de la lujuria al día siguiente de haberla poseído.

Porque somos así, y tal es nuestra complexión y nuestra educación; porque no en vano llevamos mezclada en nuestras venas sangre de Almohades y Almorávides, y descendemos del pueblo más intolerante de Europa, toda unión será endeble, toda concordia efímera, mientras no se subviertan los términos, y se cambien los polos de nuestra vida social y política, mientras no aprendamos a considerar, serenos y tranquilos, la contradicción de nuestras opiniones, mientras no lancemos a las tinieblas, de donde salió, esa desatentada y criminal intolerancia, que se ha abatido sobre esta desamparada sociedad.

De tal modo es necesario el mutuo respeto en el libre ejercicio del derecho de cada cual, que hasta que lo hayamos aprendido no arraigarán en esta tierra las instituciones de América. En vano las escribirán en nuestras leyes. El pueblo americano y su Gobierno podrán concedernos todos los derechos de su admirable Constitución, podrán traernos sus Códigos, darnos su ciudadanía, todo podrán otorgárnoslo, menos la virtud; porque la virtud no se otorga, sino se tiene; y eso que determina a cada uno a santificar en su propio derecho el derecho ajeno, es la virtud cardinal de los pueblos libres. La antorcha luminosa colocada en la diestra de la Libertad no proyectaría su refulgente luz sobre la tierra, si no reposara inmóvil sobre el ancho pedestal de la Tolerancia.

Propaguémosla todos, en todas partes, en la ciudad, en el campo, en el club, en la plaza, donde quiera que haya una boca que hable y un oído que escuche. Purifiquémonos de nuestro pecado original en el nuevo Jordán. Creamos lo que creamos; pensemos lo que pensemos; ore cada cual en su Templo, predique cada cual en su Iglesia; enseñe cada uno en su escuela; pero comulguemos todos, en verdad y en justicia, unidas las manos ante el sagrado altar de la Tolerancia, que es la Redentora, la Salvadora y la Glorificadora de la conciencia libre.

JOSÉ S. BELAVAL.

Ponce.

EL EXODO

El 15 de Julio será fecha de imperecedero recuerdo para el Pueblo de Puerto Rico. 25 de Julio de 1898, 25 de Julio de 1901. Este es el complemento de aquélla. La primera anuncia sólo un hecho de guerra; la segunda conmemorará un acto de justicia. Aquella sin ésta no sería más que una fatalidad brutal. Ayer el ocaso de una denominación decadente; hoy el amanecer luminoso de una nacionalidad fecunda.

Y entre ambas fechas ¡cuánta incertidumbre, cuánta oscuridad!

Los jóvenes deben recordarlas bien, deben gravar en su memoria los sucesos de ese paréntesis para narrarlos a sus hijos, que apenas los comprenderán; porque no registra la historia un estado político más anómalo que éste en que el pueblo puertorriqueño se ha encontrado: sentado a la puerta del hogar americano, aterido de frío y extenuado de miseria, oyendo con infinita tristeza el alegre chisporroteo del fuego de aquel hogar hermosísimo, percibiendo todas las emanaciones del prodigioso banquete de la vida, y golpeando con la mano calenturienta aquella puerta cerrada, (que nuestros hijos en contrarán franca y abierta). Que les digan que esta generación ha sufrido mucho y ha trabajado mucho para ellos, porque es ley de la naturaleza que no pueda darse la vida, sino a trueque de supremos dolores; y les cuenten que, al separarnos de la vieja patria, en la que éramos ya carne de su carne y huesos de sus huesos, hemos vivido a-fixiándonos en una atmósfera enrarecida, sin ambiente nacional, aspirando nuestro propio aliento, y envenenándonos con el ácido carbónico exhalado de nuestros propios pulmones. Pero que les cuenten también que élla ha soportado con noble resignación, con serena dignidad la prueba durísima a que debía someterse; que si unos dudaron, si otros desfallecieron, si algunos se quedaron en mitad del camino, como la mujer de Lot, convertidos en estatuas de sal, porque volvieron hacia atrás la vista, este pueblo no perdió nunca su fé inquebrantable en la justicia del pueblo americano y en la irreductible fuerza expansiva de sus instituciones libres. Como los Israelitas a través del desierto, extenuados de fatiga, con los pies desgarrados y sangrientos, y la fiebre de la sed en los secos labios, marchaban confiados en la divina promesa, entre viendo, tras la densa nube de arena que los cegaba, los brillantes resplandores del Sinaí, el pueblo puertorriqueño ha seguido también su éxodo de la nacionalidad, debilitado, pobre, transido de dolores; pero con la frente levantada, con resignado valor, y buscando siempre su anhelante vista la tierra pro-

metida de la libertad, la luz increada de la democracia, que ahora empieza a teñir con su blanca alborada nuestro incierto y velado horizonte.

Es el amanecer de un sol que los jóvenes contemplarán en su radiante cenit.

Y cuando se encuentren libres, felices, ilustrados, poderosos, viviendo en la plenitud de la ciudadanía americana; cuando vean la verde y exuberante tierra borinqueña, próspera y fecunda, irradiando la luz de su espléndido progreso, digan a sus hijos que consagren un piadoso recuerdo a los que hemos sufrido todos los estremecimientos, todas las angustias de este fatigoso alumbramiento, sin que desfalleciera nunca nuestra fe inquebrantable en la eterna virtualidad de la Democracia.

JOSÉ S. BELAVAL.

(Tomado del periódico "El 25 de Julio".)

CARTA ABIERTA

Señor Don Mateo Luchetti.

Mi distinguido amigo.

Recibo por correo su folleto titulado "Arbitraje obligatorio", cuya lectura me ha causado una sorpresa próxima al asombro.

Yo tengo la dicha de conocer a usted y tratarle íntimamente hace algunos años; sé que los sucesos de actualidad, que el menudeo de nuestra vida diaria no le hacen descender de las alturas de los principios, no le apartan de la pura atmósfera de las ideas.

Sé que hay en usted un espíritu sereno, una inteligencia clara y cultivada, y una conciencia recta, que engendran una aspiración constante al progreso, al bien, a la verdad.

El que por estas cualidades le confundiese con un utopista, cometería gran injusticia; porque todo cuanto usted piensa y publica lleva una marcada tendencia práctica y utilitaria. Es usted sencillamente un hombre que tiene fe en la virtualidad de las ideas.

Pues, apesar de esto, al leer su folleto admirable por el razonamiento y la doctrina, al verle a usted tan tranquilo, con la antorcha de los principios en la diestra, acercarse al intrincado laberinto de nuestros procedimientos legales, me hace el mismo efecto que si viera a persona seria y honesta, con una brillante luz en la mano, llamando a la puerta de casa. «non santa» en que se refocilaran a deshora, y entre las densas tinieblas, soldados y mozas, estudiantes en diablados y damiselas fáciles. Y al pensar que puedan abrir, y pueda usted entrar, y alumbrar aquel cuadro nefando, me dan ganas de detenerle y gritarle: «Eh! buen hombre... pero ¿adonde va usted con esa luz?

¡Qué envidiable temperamento el de usted! ¡Qué cabeza tan firme se necesita para mantenerse a flote sobre los principios en medio de esta batallola en que vivimos: es como atravesar sin marearse el estrecho de Calais!

El arbitraje obligatorio en materia civil es el desideratum de la ciencia, el ideal del procedimiento. Y ¡qué admirablemente lo expone y razona usted! ¡Con qué seguridad y valentía penetra por entre la enmarañada maleza de los trámites y recursos curiales, dando tajos a diestro y siniestro, de tal modo, que se siente el crujir de la rama trinchada que cae, como al paso de Roldan por el bosque!

Pero... ¿a qué viene usted a hablarnos de esto ahora!... Ideales... principios... filosofía del Derecho... justicia... progreso iconsoladoras palabras que hoy solo resuenan allá en las alturas del pensamiento, y nadie escuchará entre la barandilla y pelaza en que vivimos, bregando y forcejeando a oscuras en esta especie de camaranchón de la venta manchega. Que así como allí daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, todos menudeamos aquí los golpes sin darnos punto de reposo, golpes que van repercutiendo sobre esta tierrecita desmedrada y maltrecha, que empobrecemos y abatimos más cada día.

El folleto de usted, créamelo, me ha causado una profunda tristeza. ¡Raro fenómeno! Cuanto más claros son sus razonamientos, cuanto más acerada su crítica y más pura y sencilla su doctrina, más entristece su lectura. «Vox clamantis in deserto.» Nadie le oír a usted.

Al lado de su admirable folleto tengo sobre la mesa el cuestionario que formula una alta institución bancaria sobre los problemas que preocupan la atención pública en la actualidad, y leo:

«2ª ¿Convendría o nó, ampliar, el plazo de suspensión de ejecuciones de hipotecas sobre fincas rústicas? ...»

Más allá, un número de "La Democracia" que, copiándola de otro periódico, da la noticia lisa y llana, de que uno de los primeros proyectos, que discutirá nuestra Cámara, será la prórroga del vencimiento de las hipotecas y una quita de un veinte por ciento de los créditos hipotecarios!

¿No vé usted el chocante contraste, que parece preparado por la triste ironía de Cervantes? Al lado de la sublime altura de pensamientos de don Quijote, todas las groseras realidades de Sancho!

Su folleto, el ideal, los puros principios, la salvadora solución que puede barrer el cúmulo de enredos y dilaciones que forman la urdimbre de los procedimientos curiales. A su lado el empirismo más absurdo aspirando a la catego-

Algunos Trabajos Políticos del Licdo. José S. Belaval

ría de solución legítima; el despojo más irritante, la violación más injusta del Derecho anunciándose como un proyecto legislativo!

¡Y la prensa dando la noticia sencilla y escueta, sin beneficio de inventario siquiera, como la de un suceso común, una boda... un bautizo...!

¿Comprende usted ahora que cause tristeza la lectura de su folleto?

El arbitraje obligatorio como remedio posible de esos enmarañados procesos, de esos "pleitos" que han causado más ruina, y han hecho derramar más lágrimas que la misma sinrazón e injusticia que se trataba de repeler por ellos; el arbitraje obligatorio puede acaso discutirse cuando la banca se ve obligada a poner en tela de juicio si es o no conveniente despojar de su derecho al que legítimamente lo ha adquirido; cuando la prensa anuncia proyectos en que ha de formularse "el modo legal de impedir el ejercicio de acciones nacidas al amparo de la ley", o de hacer un reparto vecinal de la propiedad, donando a unos el quinto de la fortuna de otros?

Entre las más calenturientas exageraciones del comunismo ¿ha encontrado usted nada como esto?

Los momentos no son oportunos, amigo mío; yo guardo su folleto para leerlo y releerlo, para saborear su acerba crítica de los clásicos abusos de la curia, que aun se mantienen firmes, a pesar de las terribles sacudidas de satíricos y reformadores, desde L'Hopital y Rabelais hasta nuestros días. Lo guardo hasta que vengan los tiempos serenos, como se guarda, bajo la nieve del invierno, la fecunda semilla que ha de germinar en la primavera.

Esperemos el día en que haya un espíritu valiente, una palabra bastante autorizada, un noble caballero, que plantándose denodadamente en medio del combate, grite con la vibrante voz de don Quijote:

"Ténganse todos, envainen todos."

JOSÉ S. BELAVAL.

Ponce, Noviembre 1900.

UN LIBRO Y UN HOMBRE

No hace mucho tiempo, hallárame en New York, en uno de esos boardings de la raza, como allí dicen, un domingo, cansado de doblar y desdoblar las interminables páginas de las ediciones dominicales del *Herald* y el *Journal*, había bajado al «parlor» pensando en el modo de pasar el resto de aquel aburrido día, cuando acerté a ver sobre una mesa un libro, que tomé distraídamente, y cuyo título *De Esclavo a Catedrático*, me causó tal curiosidad, que, sin pensar en que pudiera pertenecer aquel libro

a alguno de los que en la sala fumando y charlando estaban, me engolfé al punto en su lectura.

Pasado algún tiempo, y observando, sin duda que no llevaba yo trazas de dejarlo de la mano, aunque era ya bien dada la hora del «dinner», se me acercó un joven, que afortunadamente era puertorriqueño y conocido.

—Parece que le ha interesado a Ud. la lectura de mi libro, me dijo a modo de indirecta transparente.— Ahí perdone usted, le contesté, haciendo ademán de entregárselo: efectivamente, lo que he leído de él me ha interesado mucho; y si no fuera domingo y tarde, iría ahora mismo a comprar un ejemplar añadiéndole contestando la indirecta.— Sí, creo que trata de la vida de un negro muy notable, replicóme el feliz poseedor; puede usted terminarlo, si le agrada. No se lo ofrezco, porque es un regalo de Muñoz Rivera, y quiero conservarlo.— Mil gracias; lo terminaré esta noche, y mañana tendré el gusto de devolvérselo a usted.

A esta casualidad debí el gran placer de haber conocido la existencia del fundador del Instituto de Tuskegee, Booker T. Washington.

En los pocos años que han transcurrido desde que empezó nuestra transformación americanista, hemos llegado casi a familiarizarnos con los Carnegie y los Rockefeller; hemos contado atónitos los Bancos y los Trusts de los Estados Unidos, como si aquella gran nación no nos interesaran más que sus colosales empresas y sus formidables egoísmos. ¡Cuán inefable sorpresa no habría de causarme la contemplación de una personalidad tan vigorosamente moral, de una vida consagrada al más noble y consolador altruismo; cómo no sentirse apasionado de ese Booker T. Washington que forma el «pendant» étnico de Toussaint Louverture, completando, con su grandeza intelectual y su amable virtud, las eminentes cualidades con que «el primero de los negros» elevó el nivel social de su raza?

Lo que, ante todo, representa la vida de Booker, es un asombroso esfuerzo de la voluntad humana dirigida hacia el bien. Nace negro esclavo en el Sur, lo más bajo, lo más abyecto, lo más infeliz que se concibe en las tristes miserias de la humanidad. Es hijo de una negra de pura raza, pero ignora quien fué su padre; ha oído decir que un blanco... No sabe donde nació ni cuándo, solo recuerda de sus primeras impresiones de niño un cuartel de esclavos. Nació en una choza, que era a la vez dormitorio y cocina, porque su madre era la cocinera de los habitantes de la finca; el piso de la choza lo formaba la tierra, y allí se revolcaba durmiendo sobre unos trapos echados en aquel suelo húmedo, con

sus hermanos, sus hermanas, su madre y el marido de su madre, como los cerdos y sus pequeñuelos en la pocilga. Las imaginarias descripciones de la Cabaña de Tom no igualan en tristeza estas realidades!

Y Booker cuenta esas horribles miserias con una sencillez, con una naturalidad que os hacen daño. Ni una gota de hiel, ni una queja, ni una frase dura... A veces nos contraría y enoja tanta bondad; quisiéramos oírle maldecir, injuriar para no tener que avergonzarnos ante él de nuestra raza!

Sin embargo, para consuelo de la humanidad, esa hembra que así vive con sus pequeñuelos es una madre llena de ternura, que después de su fatigoso trabajo del día tiene tiempo por la noche para acariciar, y a enseñar a rezar a sus hijos. Booker refiere de ella un episodio, que un espíritu vulgar hubiera ocultado cuidadosamente, y que él pone de relieve con su instinto de artista y su exquisita grandeza de alma. Una noche, en las altas horas, cuando la choza y el cuartel estaban en completo silencio, despierta a Booker el calor de la cocina encendida y un agradable olor de carne asada; le sorprende que su madre esté guisando a esa hora tan avanzada y la curiosidad le desvela. Hacia la madrugada, la negra despierta cautelosamente a sus pequeñuelos, y reparte entre ellos el misterioso asado, sin reservar ninguna ración para ella. Es un pollo, un pollo delicioso que el amor maternal ha robado en el corral del amo, y que se ocupa en aderezar y dar de comer a sus hijos mientras amos y esclavos duermen.

¿No sentís asomar las lágrimas a vuestros ojos? ¿No véis la delicada ternura de ese hurto cometido por ese triste ser que nada tiene, que nada puede poseer en el mundo, porque ella misma no se posee, y quiere que los negritos de sus entrañas saboreen alguna vez un pollo bien aderezado como los que comen los hijos de los blancos? ¿No os parece admirable esa pobre bestia de trabajo que en vez de descansar emplea las altas horas de la noche en dar de comer algo delicado a sus hijitos, que no han conocido otro alimento que las batatas y el tocino?...

De ahí, de ese negro agujero, de esa pocilga ha salido este hombre que iba a derramar tanta luz sobre las limitadas inteligencias de sus antiguos compañeros, este hombre que había de consagrar su existencia a redimir a sus hermanos de la ignorancia, de la miseria, de todo el infernal séquito de la esclavitud. Es preciso seguirle en las penalidades de sus primeros años, en su lucha tenaz por el saber, sin otra ayuda que su propio esfuerzo, sin más estímulo que la energía de su voluntad: acompañarle en esa «vía fatigosa», cuando abandona su ca-

sucha de Malden, y recorre a pié ochocientos kilómetros, vacilante de hambre y de cansancio, durmiendo en las aceras, trabajando en los muelles para reunir algún dinero con que llegar al término anhelado de su viaje, al Instituto de Hampton. Y cuando notáis que ha llegado a la cumbre, lleno de ciencia, colmado de respeto, de consideraciones, aplaudido, admirado, y lo que es mejor aún, amado y bendecido; al verlo objeto de halagüeñas distinciones en Europa, agasado por nobles de Inglaterra, o recibiendo en la Universidad de Harvard, entre los aplausos de la concurrencia, la alta distinción de un diploma honorífico, al lado del General Miles y del inventor del teléfono Bell, o sentado a la mesa del Presidente de la República... si os asomáis entonces desde esa cumbre, y contempláis allá abajo, muy abajo, el negro agujero, la choza inmunda de donde ha surgido, y recorréis con la vista atónita esa escala, más prodigiosa que la de Jacob, por donde él ha subido lentamente, cuyos primeros peldaños se hunden en los horrores de la esclavitud y los últimos escalones desaparecen en las alturas luminosas de la ciencia y la flantoría, os parece que la conciencia se aligera de una gran pesadumbre; os sentís fortificados, felices de vivir en un mundo en que se puede llegar desde tan bajo hasta tan alto por el trabajo, el saber y la virtud.

Pero, nosadlo bien, Booker T. Washington, no es un filósofo contemplativo; no es tampoco un genio de influencia universal como Franklyn, de quien posee el sentimiento profundamente humanitario y utilitarista sin el tinte irónico en la frase, y el sabor picante de la moraleja. Su esfera de acción es más modesta, más limitada; es un educador en toda la extensión de la palabra. Su virtud es eminentemente práctica y positiva, y su carácter de una sencillez y una ingenuidad de niño; esto es lo que le da una fisonomía propia. Hay que afirmar noblemente la solidaridad humana en todas las razas; hay que estudiar y saber, no para verse encumbrando en los honores, sino para enseñar a los ignorantes; hay que trabajar para aumentar la suma de bienestar de todos, y adquirir una propiedad o ejercer una industria, para ser un factor positivo en la sociedad. No basta llevar a los desgraciados palabras de resignación, o esperanza para otra existencia; es preciso ayudarlos, levantarlos, educarlos, ponerlos en condiciones de ocupar su asiento en el banquete de la vida. Su máxima es ésta: Los hombres más felices son aquellos que más se sacrifican en beneficio de sus semejantes.

Este hombre, que es uno de los más grandes oradores de los Estados Unidos, habría llevado tras de sí los votos de todos los hombres

de color si hubiera levantado la bandera de las reivindicaciones sociales para su raza. Ha podido agitar, conmover, mantener en constante efervescencia los estados del Sur; pues bien, a esa importancia estrépitos y probablemente estéril, ha preferido el papel modesto de fundador de un gran centro de cultura general para esos mismos hombres de la raza de color. Y a pesar de las tentaciones que de todas partes lo han solicitado y halagado, no ha querido intervenir en las luchas políticas, y se ha encerrado en su misión de educador y regenerador de su raza. Enamorado de la oratoria, sintiendo todo su valer y poder prefiere la acción a la palabra; no habla sino en aquellas ocasiones en que un gran asunto le atrae, cuando hay que ensalzar grandes hechos o grandes virtudes; quiere persuadir con la elocuencia de sus obras y no con la retórica de sus discursos.

Por este ejercicio constante de la voluntad hacia el bien me ha parecido Booker T. Washington una de las figuras más dignas de la contemplación de nuestros conciudadanos; desde que leí su libro sentí un gran deseo de dar a conocer ese hombre en Puerto Rico; mas para tratar de su vida se necesitaría escribir un libro, y no tengo tal pretensión; sólo he querido llamar la atención hacia él.

Terminaré estos ligeros apuntes recordando un precioso cuento que Booker introdujo en su famoso discurso de Atlanta, y me parece de una gran enseñanza para nosotros.

La tempestad ha sorprendido un buque en medio del mar; combatido por el viento, azotado por las olas que barren la cubierta, unos pocos tripulantes navegan en él sin saber el rumbo llevan. Cuando el temporal calma no pueden reconocer dónde se encuentran. El agua les falta a bordo, y van a perder de sed; pero un buque pasa a distancia, y alborozados los naufragos le hacen señales para que les socorra: "Agua, agua, dicen las señales, estamos muriendo de sed". El buque salvador sigue su rumbo, y contesta: "Echad un cubo al agua donde os encontráis. Burla terrible, ironía espantosa, aconsejar a los sedientos que beban agua del mar! Por dos veces se repiten las mismas señales angustiosas, y por dos veces contesta el buque desapareciendo en lontananza: "Echad un cubo al agua donde os encontráis. Desesperados, febriles, los naufragos se deciden a echar su cubo al agua, y... ¡oh deliciosa sorpresa! el cubo saca agua dulce y transparente... El buque naufrago se hallaba en la desembocadura del Amazonas".

¡Cuántas veces he recordado el cuento, pensando en este otro grupo de naufragos que se llama el pueblo puertorriqueño, flotando, en su frágil esquife a merced del oleaje, cortadas las amarras y alejado para siempre de la tierra que le dió su vieja nacionalidad, ya muerta en el ocaso de la historia, y sin que vea despuntar entre las nebulosidades de su porvenir la tierra prometida de su nacionalidad nueva! Y cuando lo veo sediento de derechos,

Varias Poesías Inéditas del Licdo. Belaval

ZULIMA ROMANCE

Sobre gigantes peñascos
Do altísimas se levantan
De formidable castillo
Las moriscas atalayas,
En almenado torreón
Cuyas ojivas ventanas
Con gruesas barras de hierro
Se hallan por siempre cerradas,
Vive contando las horas
Entre lágrimas amargas
La bellísima Zulima,
La de la dulce mirada,
La de la airosa cintura
La de los labios de grana.

Y fué que en aquellas fiestas
Con que Aliatar celebraba
El natal de Alimenon,
Quiso su mala desgracia
Que en la corrida de toros,
En hora más que menguada
Un caballero cristiano,
Enemigo de su raza,
Y enemigo de su Dios,
El alma le cautivara.

Desde entonces en la torre
Llora Zulima encerrada;
Pues su padre, conociendo
Su secreto en sus miradas,
Y viendo, ciego de cólera,
Del cristiano la arrogancia,
Que sus altas pretensiones
Ni disimula ni aplaza;
Ya sepultar ha jurado
Su puñal en las entrañas
De Zulima, si un instante
A ver vuelve enamorada
Al caballero cristiano,
Que es por su mala desgracia
Enemigo de su Dios
Y enemigo de su raza.

Por eso cuando la noche
Tiende su manto, asomada
Entre las barras de hierro
Que resguardan su ventana,
Triste, abatida y llorosa,
La pálida faz bañada
Por los claros de la luna
Que su palidez resaltan,
Zulima pasa las horas
En crueles, mortales ansias,
Recordando al caballero
Y llorando su desgracia.

febril de ansiedad, haciendo inútiles señales de socorro al horizonte desierto y silencioso, siento deseos de gritarle: "Pero desgraciados, echad vuestro cubo al agua donde os encontráis"; y puesto que nos hallamos solos, sin rumbo, busquemos en el propio constante esfuerzo, en el ejercicio de las industrias, en el estudio de las ciencias de aplicación, y en el cultivo amoroso de esta fecunda tierrecita en que vivimos, nuestro progreso y bienestar presente: *echemos todos nuestro cubo al agua aquí donde nos encontramos.*

Al día siguiente devolví el libro al joven puertorriqueño; diciéndole: Aquí tiene usted su libro, que ha sido para mí una revelación. Muñoz Rivera sabía bien lo que hacía cuando se lo regaló; mas para apreciar su regalo no basta que usted lo guarde: es preciso que lo lea y lo medite.

JOSÉ S. BELAVAL.

Sobre un alazan fogoso,
Que el freno indomable tasca,
Tendido adelante el cuello,
La nariz de fuego hinchada,
La boca toda sangrienta
Cubierta de espuma blanca,
Un gallardo caballero
Por la vega se adelanta;
Y de tal modo el deseo
En su ademan se retrata,
Y el ansia que le devora
De llegar donde la aguardan,
Que la rápida carrera
Con que la distancia salva
El ligerísimo bruto
A su impaciencia no basta,
Y en los sangrientos ijares
Más y más la espuela clava.

Al sentir del acicate
La aguda punta acerada
El noble bruto redobla
Su vertiginosa marcha,
Y torrentes y llanuras,
Riscos, peñascos y zanjas
Sin detenerse un instante
Con violento empuje salva,
El herrado casco hiriendo
El suelo con fuerza tanta
Que con mil chispas de fuego
Su rápida huella marca.
Y caballo y caballero
Por la vega se adelantan
Ambos negros cual la noche,
Ciegos como la desgracia.

Al verlos cruzar veloces
Presa de terror el alma,
Creyera que son sin duda
Algún tétrico fantasma,
Que de un maléfico genio
Lleva las ligeras alas.

Pero al punto que llegaron
Al pié de la estrecha estancia
En que la triste Zulima
Llorando la vida pasa,
Cuando el rápido corcel
Pára de pronto su marcha
Cual si un poder misterioso
En el suelo le clavara.

Allí fijando los ojos
Sobre la ojival ventana,
Donde pálida y llorosa
Está Zulima asomada
El gallardo caballero,
Sin hablar una palabra,
Del corazón oprimido
Hondos suspiros arranca.

Ella, trémula y ansiosa,
Henchida de amor el alma,
Permanece contemplando
Con su lánguida mirada
Al caballero cristiano
Que es por su mala desgracia
Enemigo de su Dios
Y enemigo de su raza.

Y así los dos se contemplan
Mientras que los labios callan:
El negro como la noche,
Ella, blanca como el alba.
Al resplandor de la luna
Que cariñosa los baña
Sus amantes corazones
Por las miradas se enlazan,
Y apasionadas protestas
Y mil promesas se cambian.

Hasta que él al fin rompiendo
El silencio de sus ansias
Con melancólico acento
De esta manera le hablaba:
—"Zulima, luz de mi vida,
Zulima, mitad de mi alma,
Fresca y purpurina rosa
Por la tempestad tronchada:
Quien dijera que esos ojos,

Que celos al sol causaran,
Con una nube de llanto,
Que ora siempre los empañan,
A fuerza de llorar penas
Perdieran su lumbre clara?
Y los labios encendidos,
Que al rojo carmin burlaban,
Y las brillantes mejillas,
De suave arrebol bañadas,
Ahora mustios los contemplo,
Pálidas y descarnadas!
Que a tal punto te conduce
Esa violencia tirana
Con que tu padre castiga
Nuestras amorosas ansias".—
Y ella le responde al punto
trémula y acongojada:

—"Vete, vete, caballero,
Vete, cristiano de alma,
Que si mi padre llegase
Al matarte, me matara".—
"Aún más generoso fuera,
—Dice el cristiano— a tus plantas
El corvo afilado alfange
Sepultar en mis entrañas,
Y no asesinar me lento
Con fría y sangrienta calma
No dejándome a tu lado
Oír tu voz adorada,
Y encerrándote inhumano
Con fuertes, macizas barras,
Hiriéndome de ese modo
En la mitad de mi alma
Y arrancándome a pedazos
La vida tras las amargas
Lágrimas que noche y día
Por su dureza derramas".—

—"No prosigas de esa suerte,
Calla, caballero, calla,
Que al hablarme de tus penas
Más aumentas mi desgracia.

Y vete presto, amor mío,
Vete, cristiano del alma,
Que si mi padre llegase
Al matarte, me matara".—
—"Parto ya, luz de mis ojos;
Que al punto que raye el alba
Con el rey debo aprestarme
Para salir a campaña
Donde en contra de los tuyos
Mi ley a pelear me llama.

Y así a los cielos plugiera
Que en medio de la batalla
Diera término a mis males
La morisca cimitarra,
Y de una vez mis dolores
Con mi vida se acabaran".—

Lanza Zulima un suspiro
Que envuelta lleva en el alma
Y en el caballero fija
La inmóvil, tierna mirada,
Mientras con supremo esfuerzo
El, del éxtasis se arranca,
Y volviendo su corcel
Al campo cristiano marcha,
Abandonando las bridas,
Vuelta a la torre la cara
Donde Zulima ha quedado
Inmóvil en la ventana.

Lento el caballo camina
Cual si en su sueño notara
Con cuanto dolor y angustia
De aquella torre se aparta,
Hasta llegar a un recodo
Que a su vista va a ocultarla.

A Zulima el caballero
Lanza la última mirada,
Y al reflejo de la luna,
Ve brillar en la pupila
De la doncella, la casta

(Sigue a la página 16.)

Algunas Poesías Inéditas del Licdo. Belaval

A Mi Madre

Vuelve a mis manos, olvidada lira,
Vuelve, y tus cuerdas templa sonoras,
Que ya el fuego sagrado que me inspira
Sube a mi frente en ondas vaporosas.

Ven; que mi mano trémula ya ansía
Recorrerlas, y el mágico torrente
Arrancar de sonoras armonías
Que se agolpan confusas a la mente.

Mas, ¿cómo? Todavía coronada
De mirto y rosas como en días mejores
Cuando la dulce plácida balada
Cantabas a mi dicha y mis amores?

Aparta esos adornos peregrinos
De los blandos placeres juveniles,
Y resuena otra vez con los divinos
Acentos de tus notas varoniles.

Ven, y sienta brotar bajo mi mano
La palabra de fuego del profeta,
Del genio el pensamiento soberano,
La inspiración sublime del poeta.

Ven, que al pulsar tus cuerdas, el intenso
Fuego que llega a reanimar mi brío
Hace del mundo y su horizonte inmenso
Cárcel estrecha al pensamiento mio.

Sigue rauda mi vuelo desprendido
—¡Nos ahogamos aquí, mi pobre lira!—
El vicio y la maldad han corrompido
El aire que en la tierra se respira.

Necesito más luz, más horizontes,
Mayor espacio recorrer ansío,
Vastas llanuras, colosales montes,
Mares inmensos e insondables río.

Yo quiero de los Andes a la empinada cumbre
Subir arrebatado por ronca tempestad,
Y contemplar sereno la sucia podredumbre
En que se arrastra y vive la pobre humanidad.

Y quiero que en mis sienes el rayo estalle airado
Y ver bajo mis plantas el mar embravecido
Y el dombo de los cielos de mundos tachonado
Tocar con mi cabeza, gigante y desmedido.

Y quiero ver los rayos del sol abrasadores
Hundirse en Occidente por una eternidad;
De reyes y vasallos, de siervos y señores
Las turbas confundidas en densa oscuridad.

Yo quiero de los mundos cruzar el ancho espacio
Las múltiples regiones del Cosmos recorrer,
Vagar sobre las nubes de zafiro y topacio,
Mis alas en el eter veloces extender.

Y quiero se detenga del tiempo la corriente
Y solo en un instante supremo confundir
Las sombras del pasado, los males del presente,
Las dudas del incierto, velado porvenir.

ZULIMA ROMANCE

(Viene de la página 15.)

Postrer lágrima de amor
Con la postrimer mirada.

Desde entonces en la torre
Sigue Zulima encerrada,
Bella flor que se marchita
De calor y ambiente falta.

Allí la deja la tarde,
Allí la sorprende el alba,
Pálida, triste y llorosa,
Inmóvil en la ventana,
Y el caballero no vuelve
Y en vano siempre le aguarda,
Y es fama que sus doncellas
Al entrar una mañana
La hallaron rígida y yerta. . . .
¡Que también el amor mata!

JOSÉ S. BELAVAL.

1868.

Y quiero de esas curvas inmensas que los astros
Dibujan con sus masas en medio del vacío
Seguir los invisibles y misteriosos rastros
Y regular su marcha por el capricho mio.

Y quiero ver el disco del sol resplandeciente
Alzarse ante mis ojos de rayos coronado
Tocarle con mi mano, mirarle frente a frente,
Hallarme de sus rayos de fuego circundado.

Subir al sacro templo de la radiante gloria
De un vértigo divino sentirme poseído;
Mi espíritu arrancando de la terrena escoria
Y en éxtasis eterno vivir adormecido.

Llegar al pie del trono glorioso del Altísimo
Mi frente coronada de blancos resplandores,
Y con el suave acento de mi cantar dulcísimo
Hacer callar el coro de célicos cantores.

¿Qué es ésto? ¿Dónde estoy? Qué vano empeño
Pudo turbar mi mente de tal suerte?
¿Quién de mi largo y agitado sueño
Vino a romper la ligadura fuerte?

¿Qué mano toca mi abrasada frente?
Ah! eres tú? ¡Tu siempre, madre mia,
La que a mi lado tierna y complaciente
Calmas mi pena y doblas mi alegría!

Esa es la voz que me cantó y los brazos
Son esos, que amorosos me mecieron;
Esos los dulces misteriosos lazos
Que mi existencia a tu existencia unieron.

Esa la mano fué que mi indecisa
Planta guió; y el seno en que dormía
Ese, y la dulce maternal sonrisa
Que miro ahora, al despertarme via.

Esa la frente que nubló el pesar
Si los males en torno me cercaron;
Esa la voz que me enseñó a rezar,
Y esos los ojos que por mí lloraron.

Perdona si en mi loco desvarío
En poco tuve el maternal cariño
Perdona si del mundo en el impío
Combate, el hombre se olvidó del niño.

1872.

JOSÉ S. BELAVAL.

A la hija del Caribe

Porque nació usted en pañales
Bordados de hermosos versos,
Y por papilla le daban
Redondillas y tercetos.

Porque en vez del silabario
A Moratin le pusieron,
Y le hacían capirotes
De Calderón y Moreto;

Porque tuvo usted un padre
De muchísimo talento
Que sacaba las quintillas
A verso por cada dedo;
Y en la cuna la dormían
Al suave sonar del plectro,
Y al despertarse coreaba
Un ritmo en cada bostezo,
Piensa que es cosa sencilla
Hacer siquiera un remedo
De poesía, digno que sea
De la Hija del ingenio
Más culto entre los Caribes?

No, señora: yo agradezco
Invitación tan honrosa:
Mas perdone que el empeño
Rehuya, de andar a caza
De rimas y de conceptos.

Oídos que del Caribe
Las armonías oyeron
Merecen notas muy dulces
Y yo entonarlas no puedo,
Que no ha de graznar el grajo
Donde ha cantado el jilguero.

JOSÉ S. BELAVAL.

Ponce, febrero 6 de 1903.

Luto y Lágrimas

A mi amiga la señorita C. A.

Tiene el dolor un misterioso encanto
Que los seres felices no comprenden:
Es un lenguaje indefinible y santo
Que las almas que sufren solo entienden.

Vago secreto, irresistible anhelo
De un corazón que en lágrimas se anega,
Que ni busca ni quiere hallar consuelo,
Y todo entero a su dolor se entrega.

De una herida que el tiempo nunca cierra
Y con su propio ardor su ardor excita,
Que no encuentra su bálsamo en la tierra
Y la sangre que brota más la irrita.

Es el dolor que en el dolor se goza
Y que solo el dolor le satisfice:
El corazón que el corazón destroza
Y en su mismo tormento se complace.

Tú lo sabes, Clotilde; tú conoces
El extraño placer de la tristeza;
Que también el dolor tiene sus goces,
Y también tiene el llanto su belleza.

Goces que el alma silenciosa apura
En el misterio y soledad perdida,
Dejando en su terrena vestidura
Las frágiles quimeras de la vida.

Tu lo comprendes, porque tú no ignoras
Lo que es sentir el corazón inerte,
Ver iguales correr siempre las horas
Y vivir suspirando por la muerte.

Fija la vista ante la tumba fría,
Mudo y absorto en ella el pensamiento,
Y sufrir y llorar día tras día
Sin hallar más placer que ese tormento.

Pero tú al menos tu desgracia lloras,
Y presta siempre el llanto algún consuelo;
Tu dolor en gemidos evaporas
Y en lágrimas envuelto sube al cielo.

Yo no quiero llorar, no, yo no quiero
Encontrar entre lágrimas la calma;
Yo quiero mi dolor guardar entero
Como el santo perfume de mi alma.

Yo no quiero mezclar con los rumores
Del mundo mis gemidos de agonía:
¿Qué le importan al mundo mis dolores,
Ni qué a mí sus placeres y alegrías?

Yo formé de mi pecho un tabernáculo,
Y allí encerrado mi dolor habita;
Que es una flor sencilla de invernáculo
Y el frío de la tierra la marchita.

Y yo la guardo con esmero tanto
Que nunca el viento sus olores toma.
La arrullo solo con mi triste canto
Y solo aspiro su celeste aroma.

Su cáliz abre en noche silenciosa
Y exhala toda su fragante esencia
Que el alma recogida aspira ansiosa
Y perfuma con ella mi existencia.

Y ese perfume que guardado tiene
Tan solo para mí la flor querida,
Alienta el corazón y le mantiene
En la lucha incesante de mi vida.

Por eso arrastro la existencia mía
Extraviada entre abrojos y malezas,
Y ni busco ni quiero la alegría,
Porque soy más feliz con mi tristeza.

Ni doy al corazón ningún consuelo
Porque a todo consuelo se resiste;
Ni hay más colores para mí en el cielo
Que el negro luto que mi alma viste.

Y tan poco pudiera, desgraciado,
Pagar a mi dolor esos tributos
Que las fuentes del llanto se han secado
Y están mis ojos para siempre enjutos.

Algunas Poesías Inéditas del Licdo. Belaval

Si alguna vez en mi congoja pido
Una lágrima sola a mi pupila,
Por más que oprima al corazón transido
Tan solo sangre el corazón destila.

Y aunque vierta de lágrimas un río
¿Cómo borrar podré de mi memoria,
Cómo arrancar del pensamiento mio
Aquella triste y dolorosa historia?

Historia de gemidos y de llantos,
Historia de dolores lastimera,
De supremas angustias y quebrantos
Que yo solo conozco toda entera.

Páginas empapadas de amargura
de una epopeya horrible y dolorosa
Y que una mártir inocente y pura
Sellara con su sangre generosa.

Recuerdos que con tetricos colores
En mi mente quedaron esculpidos;
Ayes del corazón desgarradores
Que siempre sonarán en mis oídos.

Fué tan cruel, tan impía y tan sañuda
La desgracia terrible que me abisma
Que de su golpe la fiereza ruda
Debió espantar a la desgracia misma.

El ángel de la muerte enfurecido
Tendió en mi pobre hogar su negro manto
Y vilo en un instante convertido
En mansión de terror y luto y llanto

No le bastaba a su crueldad extraña
Labrar de un golpe la desdicha mía;
Era preciso a su implacable saña
Abrir dos tumbas en el mismo día.

Dos tumbas ¡ay! dos tumbas que guardaron
Dos seres que formaban mi ventura;
Pedazos que del alma se arrancaron,
Ángeles de consuelo y de ternura.

Las tumbas silenciosas do se encierra
El pasado dichoso de mi vida,
Cuanto hay de santo para mí en la tierra
Toda la dicha que soñé cumplida.

Esas tumbas son mi único tesoro,
Que no puede arrancarme ya la suerte
El santuario sagrado donde adoro
La imagen enlutada de la muerte.

En medio de la noche solitaria
A la pálida luz de las estrellas
Si murmura mi labio una plegaria
Es la plegaria que murmuran ellas.

Y si trae la brisa a mis oídos
Sus vagos melancólicos rumores
Les envío con ellas, mis quejidos,
Mis ayes de dolor desgarradores.

El alma entonces siente en el profundo
Silencio de la noche recogida
Los ecos misteriosos de otro mundo
Y el recuerdo confuso de otra vida.

Sordos murmullos que anhelante escucha
Triste secreto que su afán encierra,
Y que tras larga y agitada lucha
De su cárcel terrena la desprende.

Y su vuelo dirige a la morada
Que el silencio y la muerte dispusieron,
Y evoca allí sobre su tumba helada
Las sombras de dos seres que murieron.

Las miro de su tumba levantarse,
Refulgentes de luz y de belleza,
Y apenas por el suelo deslizarse
Perdida entre las nubes la cabeza

Yo las contemplo en mágico delirio
De una aureola de gloria coronadas,
En sus manos la palma del martirio
Y la llama divina en sus miradas.

Sombras queridas que a mi lado vuelan
Y entre el vago rumor de un cementerio
Con mágicos acentos me revelan
Secretos de la muerte y su misterio.

Y yo les cuento con amargo duelo
Las miserias del mundo y sus horrores
Y ellas me dan el único consuelo
Que pudiera encontrar a mis dolores.

Volved al cielo ya, sombras queridas

Volved al cielo vuestra pura esencia
Y las alas de púrpura tendidas
Cubrid siempre con ellas mi existencia.

¡Sombras queridas! retornad al cielo
Y no toqueis con vuestra planta el mundo:
Alzad el raudal, desprendido vuelo,
Y no os mancheis entre su lodo inmundado.

¡Adiós, adiós! dejad que solo apure
La copa de mi vida emponzoñada,
Y mientras el barro de mi cuerpo dure
Prestad aliento a mi alma fatigada.

Suframos, pues, los que a sufrir nacimos
Recojamos de Adán la triste herencia
De llanto, que en la cuna recibimos
Y corra entre dolores la existencia.

Suframos y adelante caminemos
Siguiendo cada cual en su destino,
Aunque partido el corazón dejemos
A pedazos sembrado en el camino.

Cruza la dicha cual fugaz centella
Que alumbraba un punto la tiniebla oscura,
Y desaparece sin dejar la huella
De la vívida lumbrera que fulgura

Pasa del mundo la ilusión mentida
Y la ancha copa del dolor se vierte;
Se disipa el encanto de la vida,
Y se halla la verdad solo en la muerte. . .

JOSÉ S. BELAVAL.

Fajardo, Julio 11 de 1873.

Benjamin Franklin

Cante en buen hora el vate cortesano,
La regia estirpe, la preclara gloria,
La majestad del solio soberano
Su terrible poder y su memoria.

Las columnas de púrpura preciadas,
Los dorados y ricos artesones,
Las paredes de jaspe celebradas
Del magnífico alcázar: ¡isonjera
Su musa pregonera

Repita a los confines de la tierra
Las bélicas empresas, las hazañas
Y sangrientas campañas

De los héroes gloriosos de la guerra;
Y el brillante relato de sus hechos
Inflame así los juveniles pechos.

Busque aplauso en la turba aduladora
De que siempre el poder se vio cercada,
Que de su voz la magia engañadora
Mis oídos jamás han escuchado,
Porque yo de mi lira,
Cuando las cuerdas insonoras vibre,
Pues, ni temor ni adulación inspira,
Quiero cantar humilde, pero libre.

A tí, Franklin no más, héroe moderno
Como jamás lo vieron
De la orgullosa antigüedad los días
Entre los héroes que en el mundo fueron,
A tí dirijo mi modesto canto

¡Oh padre de la Unión Americana!
Por tí mi labio con respeto santo
En divulgar la admiración se afana.

¿Cómo del rango humilde en que plugiera
Colocarte al nacer ciega fortuna
Llegar lograste a la elevada esfera
En que después te miro,
Sin riquezas ni timbres de la cuna?

¿Surgiste acaso de entre el proceloso
Mar de las asonadas populares,
O el favor de monarca poderoso
Tal vez te trajó a semejante altura?
No: que digno modelo de constancia,
De abnegación y de trabajo, solo
Por ellos recorriste tal distancia.

Tu genio, tu experiencia
Encaminar lograron los sucesos
Con profunda prudencia
Entre el choque mortal de las pasiones;
Y el mar atravesando
Mensajero de paz, a las naciones

De la Europa tu voz les anunciaba
Que ya de América en el puro cielo
El nuevo sol de libertad se alzaba.

En medio de la corte fastuosa
De reyes poderosos,
Entre sabios, filósofos, guerreros,
Políticos famosos
Y varones insignes, que a tu lado
Ansiosos se agrupaban, el oído
Pendiente de tu ingenio, fácil labio,
Oráculo veraz del buen sentido,
Tu fuiste allí el más grande, tu el más sabio!

Faltábale a tu gloria
Que en el agosto templo de la ciencia
Una punta del velo descorrieras,
Y en alas de tu clara inteligencia
Al cielo te elevaste

Y atrevido su rayo le arrancaste!

De la mano invencible
De Júpiter Tonante, y del potente
Dios del Siná la cólera terrible
Cayó a tus pies por siempre dominada
Al magnífico alambre encadenada!

Tranquilo puedes, Franklin, en la tumba
Dormir el sueño eterno; tu memoria
Jamás cubrirá el polvo del olvido,
Ni empañarán los timbres de tu gloria.

Tu genio esclarecido
A lo útil solamente consagrado
Util sólo será; que de tu invento
La maldad no ha logrado
Obtener para el mal un instrumento!

Nombres preclaros de Guzman y Bruto,
Patricios de virtudes eminentes,
Venid, doblad las frentes,
Pagad de admiración justo tributo
Ante el humilde obrero cuya gloria
Nunca recuerda con horror la historia.

Y vosotros, los rayos de la guerra,
César, Aníbal, Napoleón, Atila,
Carlo Magno, Alejandro, Gengis, Sila,
Semidioses famosos de la tierra,
Que a vuestro carro triunfador atadas
Esclavas, arrastrásteis cien naciones
Con el hierro y el fuego dominadas
En remotas regiones;

Que en alas de la muerte y del espanto
De una zona a otra zona recorrísteis
El mundo atónito, y de sangre y llanto
Vuestra corona de laurel teñísteis;
Cuyos hechos gloriosos

La trompa de la fama enronquecieron,
Y entre aplausos ruidosos
Los siglos a los siglos repitieron:
Si del mármoleo túmulo en que yace
Vuestro polvo, un momento

Pudiera reanimaros con mi acento,
Hiciera que humillados levantáseis
La soberbia cabeza;
Que del héroe moderno contemplárais
La serena grandeza,

Y en el polvo otra vez la sepultárais
Genios de la matanza y del estrago. . .
Pasad, pasad, vuestro reinado aciago
Cayó por siempre: de la vana gloria
Amasada con sangre, queda solo
Duelo en el corazón, llanto en la historia!

Perdona ¡oh, Franklin! si mi voz humilde
Turbó un instante tu apacible sueño:
De mi entusiasmo férvido perdona
El atrevido, temerario empeño.
No son los cantos de alabanza y gloria
Los que tu nombre a conquistar aspira:
Tus obras, tus virtudes y tu genio
Suenan más alto que mi pobre lira,
Mas si es indigno de tu gloria excelsa
El canto humilde que rendirte quiero
Acójalo tu sombra veneranda
Si por lo grande no, por lo sincero.

JOSÉ S. BELAVAL.

Fajardo, Octubre de 1872.